REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

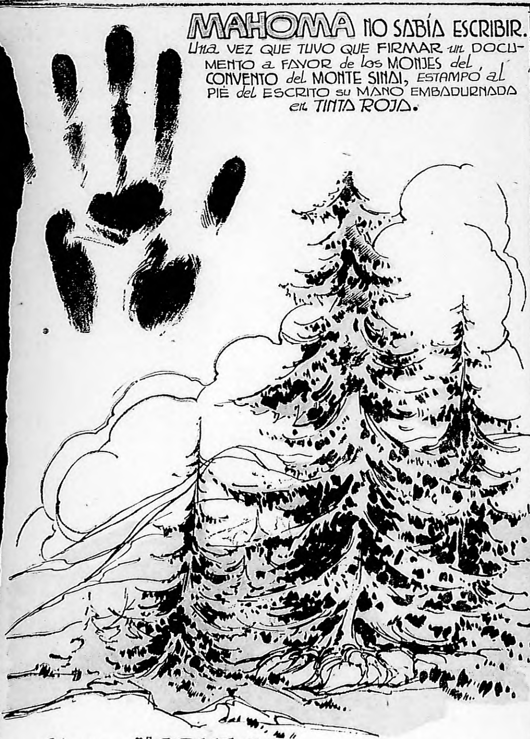
CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I | BUENOS AIRES, MAYO 12 DE 1934 | No. 40

VISTO Y OIDO ★ Una Risa Obsesionante ★ por PREMIANI

MAHOMA NO SABÍA ESCRIBIR. Una VEZ QUE TUVO QUE FIRMAR un DOCUMENTO a FAVOR de los MONJES del CONVENTO del MONTE SINAI, ESTAMPÓ al PIÉ del ESCRITO su MANO EMBADURNADA en TINTA ROJA.



El QUE en NORUEGA CORTA por CUALQUIER CAUSA un ARBOL TIENE QUE PLANTAR TRES.



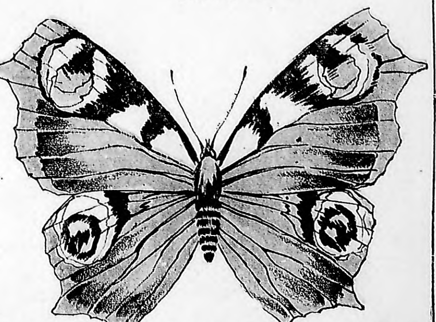
Según SAINT SIMÓN, QUE RESEÑÓ DETALLADAMENTE las OCUPACIONES DIARIAS de LUIS XIV, el FAMOSO "REY SOL" NO SE BAÑÓ JAMÁS.



JUANA CARÓN de GANTE (Bélgica), RIO DURANTE los 25 AÑOS de SU VIDA. Era UNA ENFERMEDAD.

EL DIAMANTE NO VALE NADA. LO QUE VALE EN ÉL ES EL TRABAJO DE PULIMIENTO Y FACETA





Ni las MARIPOSAS ni las POLILLAS TIENEN ENTRE SÍ "PARECIDO FAMILIAR". Las de los MISMOS PADRES OSTENTAN los COLORES Y LOS DIBUJOS MÁS DIVERSOS.—

La Profecía del Perro

POR

G. K. Chesterton

Ilustración de

Parpagnoli

—SI —dice el padre Brown.— Me gustan los perros, pero bien grandes, que sirvan de guardaespaldas". Los que hablan mucho, generalmente escuchan poco; a veces su charla brillante, tiene dejos de estupidez.

El amigo y compañero del padre Brown, era un joven de muchas ideas y cuentos, un joven entusiasta llamado Fiennes, con ojos azules y cabellos rubio. El torrente de palabras que orotaban de sus labios cesó al escuchar la anterior y simple aseveración del prelado.

—¿Usted quiere decir entonces que la gente les hace demasiado caso? —dijo.— Bueno, no sé qué decirle, pero no me negará que hay ejemplares maravillosos. A veces pienso que saben más que nosotros.

El padre Brown no dijo nada, volvía a su abstracción y aparentemente no prestaba atención a la palabras del joven.

—¿Por qué? — dijo Fiennes volviendo de nuevo a monologar.— Hay de por medio un perro en el asunto acerca del cual vengo a consultarle. Le llaman "el caso del asesino invisible" Es una extraña historia, pero lo más raro, a mi juicio, de toda ella, es el perro. Por supuesto que existe el misterio del crimen ante todo, pues como usted sabrá, el viejo Druce fué asesinado estando completamente solo en su glorieta de su quinta.

La mano con que el padre Brown acariciaba el perro, paró de repente su movimiento rítmico, y dijo: —¡Ah! ¿Se trata de una glorieta?

—Pensé que había leído en los diarios todos los detalles — respondió Fiennes. Espere un segundo, creo que tengo un recorte que le servirá para informarse de todos los particulares". Sacó un diario del bolsillo y se lo alcanzó al sacerdote, que comenzó a leer: "Muchos relatos misteriosos acerca de hombres asesinados, detrás de puertas y ventanas cerradas, y sin medios de escape, han resultado ciertos en el extraordinario caso de Cranston, en la costa del Yorkshire, odnde el coronel Druce fué apuñaleado por la espalda, por un asesino misterioso que desapareció por completo de la escena del crimen y aun de las inmediaciones del lugar. La solitaria glorieta en la que murió, era en realidad accesible por una sola entrada: la puerta que mira al camino principal del jardín, situada enfrente de la casa. Pero por una coincidencia providencial, ambos, el camino y la puerta de entrada, estuvieron vigilados durante el momento del crimen. La glorieta está situada en el extremo del jardín y no hay posibilidad de entrar por ningún otro lado. El camino central es estrecho y rodeado por dos filas de álamos, plantados tan cerca unos de otros, que, cualquier paso fuera de él, hubiese dejado las huellas entre los árboles, y ambos, camino y árboles, vienen a desembocar en el mismo frente de la casa, de manera que ningún extraño dejaría de ser observado en el angosto pasaje y tampoco existe otra forma de entrar en la glorieta.

Oscar Lloyd, secretario del asesinado, testimonió que estuvo en posición de observar todo el jardín, desde el momento en que el coronel Druce apareció en la puerta de la casa, hasta que fuera encontrado muerto; Lloyd estaba colocado en la punta de una escalera, recortando el seto.

Janet Druce, la hija del muerto, confirmó lo anterior, declarando que estuvo sentada en la terraza durante todo ese tiempo, y pudo ver a Oscar en su trabajo. Lo mismo fué afirmado por Donald Druce, su hermano, que observaba el jardín desde la ventana de su dormitorio, en pijama, pues se había levantado tarde. Por último, las declaraciones de los anteriores fueron aseveradas por el doctor Valentine, un vecino, que llamado por Miss Druce fué a conversar con ella en la terraza y por Mr. Aubrey Traill, el abogado del muerto, que aparentemente fué el último en verlo vivo, con excepción del asesino.

Todos están de acuerdo en que las cosas sucedieron así: serían las tres y media de la tarde cuando Miss Druce se dirigió por el camino a preguntar a su padre a qué hora quería el te; éste le contestó que no deseaba nada y que esperaba a su abogado, Mr. Traill, que vendría a verlo a la casa de campo o iría a encontrarlo en la glorieta. Al volver la joven, encontró a Traill que venía por el sendero, lo llevó hasta su padre y se volvió en seguida. Media hora más tarde salió de nuevo el abogado, acompañado hasta la puerta por el coronel, que demostraba gran salud y hasta un humor excelente. Había estado enojado durante la mañana, por la vida irregular de su hijo, pero parecía haber recobrado por completo su buen humor y se mostró cariñoso al recibir otros visitantes, entre ellos, dos sobrinos que llegaron a pasar el día. Todos estuvieron afuera, caminando toda la tarde, de manera que ninguna novedad pudieron aportar a las investigaciones.

Se decía que el Dr. Valentine no andaba muy bien con el dueño de casa, pero este caballero sólo tuvo una breve entrevista con la hija, de la que se supone es un pretendiente. Traill, el abogado, dice que dejó al coronel completamente solo, y ello es confirmado por Floyd, que desde donde estaba podía vigilar todo el jardín, y que no vió entrar a nadie por la única puerta existente. Diez minutos más tarde, cuando Miss Druce volvió al jardín, vió a su padre —perfectamente visible gracias al traje de lana blanco — yaciendo hecho un montón en el suelo. Lanzó un grito que atrajo a todos al lugar, y encontraron al coronel muerto, al lado de su silla de paja, también caída al suelo.

El Dr. Valentine, que estaba en las inmediaciones, testimonió que la herida fué hecha por una especie de estileto, que entró por la espalda y cuyo filo llegó a herir el corazón. La policía buscó en la vecindad un arma semejante, pero ni trazas de ella han aparecido".

—¿Así que el coronel Druce usaba un traje blanco? — dijo el padre Brown, al dejar el diario.

—Lo aprendió en el trópico —replicó Fiennes con asombro. Tuvo allí algunas aventuras extrañas y tengo la seguridad que su desagrado con el Dr. Valentine estaba relacionado con su vuelta de los trópicos. Pero esto es un asunto infernal. No pude ver la tragedia, pues estaba afuera, caminando con los sobrinos y el perro, aquél de quien quiero hablarle. Veo el lugar tal como ha sido descripto; la estrecha callejuela con la entrada rodeada de flores azules y el abogado entrando con su sombrero de fieltro negro; la roja cabeza del secretario mostrándose por encima del seto verde, mientras lo recortaba encaramado en la escalera. El rojo cabello de Mr. Floyd, demuestra su carácter, una especie de muchacho complaciente, haciendo el trabajo de los demás, como en ese momento hacía de jardinero.

—¿Y qué hay acerca del abogado? — pregunta el padre Brown.

Hubo un momento de silencio, y después Fiennes habló, bastante despacio para lo que él sabía hacer: — Traill me parece vanidoso; no se puede decir que sea elegante. Usa negras patillas lujuriantes, como las que se usaban antaño y es grave y de maneras frías, aunque de vez en cuando se acuerda de sonreir, y cuando enseña sus blancos dientes, parece perder un poco de su dignidad, y entonces hay algo de servil en él. Ese día parecía algo preocupado con su corbata y su alfiler, que eran tan raros como él mismo.

"Si me pudiera acordar de todos, pero ¿cómo hacerlo si es imposible? Nadie sabe quién lo hizo; nadie saber cómo pudo haber sucedido. Al final hago una sola excepción, y es por esto que yo mencioné este asunto. El perro lo sabe".

El padre Brown se calló, y después dijo, sin darle mayor importancia: —Usted estaba allí como amigo del joven Donald, ¿no es así? ¿El no salió con Vd. a caminar?

—No —replicó Fiennes sonriendo— el joven se había ido a acostar esa mañana y se levantó recién por la tarde. Yo salí con sus primos; dos jóvenes oficiales venidos de la India, y nuestra conversación fué bastante trivial. Me recuerdo que el mayor, cuyo nombre me parece es Herbert Druce, y que es una autoridad en materia de caballos, no habló en toda la tarde sino de una yegua que acababa de comprar; mientras su hermano Harry parecía muy pensativo por su mala suerte en Monte Carlo. Relato esto solamente para demostrarle que en nuestro paseo no pasó nada que pueda interesar para el caso. El perro fué lo único místico del grupo.

—¿Qué clase de perro era? — preguntó el sacerdote.

—De la misma clase que éste; es un perro grande, negro, llamado Nox. ¡Un nombre sugestivo! Usted sabe que la casa y el jardín de Druce dan al mar; caminamos a una milla de ella, a lo largo de la playa, y luego volvimos por otro camino. Pasamos por una curiosa roca llamada de la Fortuna, famosa en la vecindad porque es una piedra movediza, tal que un golpe fuerte puede voltearla. No es en realidad muy alta, pero la elevación del terreno la hace parecer más grande y siniestra. Era la hora de tomar el te. Ni Herbert Druce ni yo teníamos reloj, así que llamamos a su hermano, que estaba unos pasos detrás de nosotros y que se había parado a encender su pipa contra el seto. El nos gritó la hora con su potente voz; eran las cuatro y veinte, y el grito nos pareció la proclamación de algo tremendo. De acuerdo al testimonio del doctor Valentine, el pobre Druce habría muerto a las cuatro y media. Entonces decidimos no volver hasta dentro de diez minutos y caminamos un poco más sin hacer nada particular. Tirábamos piedras al mar para que el perro las fuera a buscar y aquí viene lo curioso del caso. Nox acababa de sacar el bastón de Herbert del mar, y su hermano tiró también el suyo. El perro entró en el agua, pero en el mismo momento en que debió tocar la media hora, volvió y se paró delante de nosotros. Después, de repente, levantó la cabeza y lanzó un gruñido salvaje, como no lo he sentido nunca.

—¿Qué diablos le pasa al perro? — preguntó Herbert. Ninguno de nosotros supo contestarle. Hubo un largo silencio que fué roto por un alarido que parecía el grito de dolor de una mujer, y que venía de detrás de los setos de la isla; en ese momento no supimos de qué se trataba, pero lo supimos después. Era el grito de la joven Jenet al ver el cuerpo de su padre.

—Ustedes volvieron, supongo — dijo el padre Brown pacientemente. —¿Qué sucedió después?

—Ya le diré lo que pasó, contestó Fiennes con énfasis. Cuando llegamos de nuevo al jardín, lo primero que vimos fué a Traill, el abogado. Lo recuerdo perfectamente tal como estaba, con su sombrero y sus patillas negras; observando la perspectiva que ofrecían las flores azules a la entrada de la casa de campo, alumbradas escasamente por la luz rojiza del sol poniente. Su silueta se recortaba nítidamente contra la luz del sol, pero podría jurar que mostraba los dientes blancos en una amplia sonrisa.

En el instante en que Nox lo vió, se dirigió hacia él, y se paró en medio del camino ladrándole con enojo. El hombre se volvió y se perdió en el camino entre las flores.

El padre Brown golpeaba el suelo con los pies dando muestras de impaciencia: ¡Así que el perro lo denunció! — dijo —. ¡La profecía del perro le condenó! ¿Advirtió usted si los pájaros volaban en una o en otra dirección? ¿Consultó el vaticinio del sacrificio haciendo la autopsia del perro? Esto es lo que ustedes, humanitarios, hacen cuando se trata de hundir la vida de un hombre.

Fiennes saltó, y por un instante quedó en silencio, sin encontrar una respuesta. Pero... ¿qué le he hecho?

Ansioso el sacerdote contestó: Lo siento en el alma y le ruego me perdone por haber sido tan torpe.

Fiennes lo miró con curiosidad. "Muchas veces pienso que usted es más misterioso que todos los misterios que descubre. Pero volviendo al abogado, no dudo de él solamente por lo del perro. Hay otro detalle curioso. Ya sabe que la policía y el médico llegaron en seguida. El doctor Valentine, que acaba de salir de la casa,, avisado, volvió y telefoneó inmediatamente a la comisaría. De los presentes en el momento de la muerte, nadie se alejó, y se pusieron a buscar empeñosamente el arma. La casa entera, el jardín y la playa fueron revisados. La desaparición de la daga es aún más rara que la del asesino.

—¡La desaparición de la daga!... — dijo el padre Brown pensativamente.

—Bien — continuó Fiennes —le puedo asegurar que Traill parecía muy preocupado con su alfiler de corbata. Este como él, era ostentoso y pasado de moda; tenía una piedra con anillos de colores concéntricos, parecía un ojo, me ponía nervioso esa coloración que le daba el aspecto del inmenso ojo de un Cíclope colocado en medio de su pecho. Pero el alfiler no era solamente muy ancho, sino también desmesuradamente largo, y me pareció que su ansiedad por arreglarlo era a causa de que mostraba su demasiada longitud. En realidad parecía un estileto.

El padre Brown preguntó: ¿Había algún otro instrumento sugestivo?.

—Sí, — contestó Finnes —. Me lo mostró uno de los jóvenes Bruge. Ni Harry, ni Herbert, tenía inclinación a las investigaciones científicas. Pero el primero había estado en la policía de la India y sabía algo de esas cosas. En realidad, en esa materia, era bastante hábil. Aunque era un detective aficionado trabajaba con más ardor del que corresponde a un amateur, y con él fué con quien argumenté acerca del arma. Argumentación que trajo algo de nuevo. Comencé por hacer la descripción del perro ladrando a Traill. El me contestó que un perro enojado no ladra, sino gruñe.

—Tenía razón — observó el sacerdote.

El joven siguió diciendo que si de eso se trataba él lo había sentido a Nox gruñendo a otros antes; entre ellos a Floyd, el secretario. Le retruqué que su propio argumento le respondía por sí solo; porque el crimen no podía haber sido cometido por dos o tres personas, y menos aún por Floyd, que era tan inocente como un colegial, y que fué visto por todos en ese momento, encaramado en la escalera, recortando el seto. "Reconozco que hay muchas dificultades" — me dijo Bruce — "pero quisiera que usted viniese conmigo al jardín aún intacto; la escalera permaque me parece nadie lo ha visto hasta ahora". Era el mismo día del crimen, y el jardín estaba aún intacto; la escalera permanecía aún contra el seto, y justo debajo de ella se paró mi guía sacando algo del pasto. Era la tijera de podar, cuya punta tenía una mancha de sangre.

Hubo un corto silencio, y de pronto preguntó el padre Brown; ¿Para qué había ido el abogado?

—Nos dijo que el coronel lo mandó buscar para modificar el testamento. El muerto, era un hombre aún vigoroso y su fortuna considerable. Traill no nos quiso decir cuáles eran las alteraciones, pero se comentaba que casi todo el dinero fué transferido del hijo a la hija, pues, le dije que Bruce estaba enojado con mi amigo Donald por su conducta disipada.

—Luego, la única beneficiada en ese testamento era miss Bruce, y por lo tanto la única que ganaba con la muerte de su padre, murmuró pensativamente el padre Brown.

—¡Por Dios! — Exclamó Fiennes — que sangre fría para hablar de ese modo. No querrá insinuar sin duda que ella...

—¿Estaba por casarse con el doctor Valentine? — preguntó el otro. ¿Qué clase de hombre es?

—Quién, ¿Valentine? Un hombre que se deja la barba, muy pálido y bastante buen mozo; parece extranjero. El nombre no es inglés, pero es muy querido y respetado en el lugar. Es un experto y entusiasta cirujano.

—Un cirujano entusiasta — dijo el padre Brown — luego llevaba instrumentos de cirujía cuando fué a buscar a la joven a la hora del té, porque debe haber usado una lanceta o algo por el estilo, y sin embargo no tuvo tiempo de volver a su casa.

Fiennes se levantó asombrado y miró al sacerdote fijamente: Quiere decir que habría usado la misma lanceta...

El padre Brown movió la cabeza. Todas las sugestiones están de más ahora — dijo —. El problema no es quién, ni con qué lo hizo, sino cómo fué cometido el crimen. Encontramos muchos instrumentos, lancetas, puñales, alfileres... pero ¿cómo pudo el hombre entrar en el cuarto o cómo pudo el estilete llegar allí?

Reflexionaba, mientras miraba fijamente el cieloraso. Bueno. ¿qué se puede hacer? — preguntó Fiennes — Usted que tiene tanta experiencia ¿qué me aconseja?

—Me parece que esta vez no doy en la tecla — contestó el prelado con una sonrisa. Además no se puede descubrir mucho sin haber estado en el lugar. Me parece que el joven amigo suyo, de las Indias, se habrá encargado de hacer interrogatorios, pues por lo que usted me dijo, parece haberse encargado de la pesquisa. Lo que le aconsejo es que vuelva a la casa del crimen, estoy seguro de que habrá novedades.

Cuando sus huéspedes, tanto el hombre como el perro desaparecieron, el padre Brown tomo la pluma, y volvió a su interrumpida labor de hacer un programa de lecturas para la escuela episcopal de Rerum. Novarum. El asunto era largo, así que continuaba aún con el mismo trabajo, cuando dos días después vió entrar al gran perro negro, quien le saltó encima dando muestras de reconocimiento y entusiasmo. El amo que seguía al animal, no parecía participar de la misma alegría que éste; en cambio daba de inmediato la impresión de estar muy excitado. Los ojos azules parecían saltarle de las órbitas y tenía la cara muy pálida.

—Usted me dijo el otro día — estalló sin preámbulos — que fuera a ver que hacía Harry Bruce. Pues bien. ¿Sabe lo que hizo? Se mató.

El sacerdote no mostró gran asombro ante la noticia.

—Usted me desconcierta — dijo Fiennes —. ¿Esperaba eso de Harry?

—Pensé que era posible que sucediera, por eso le pedí que fuera a ver que hacía. Esperaba que llegase a tiempo.

—Fuí yo quien lo encontré. Es la cosa más horrible que jamás he visto. Cuando volvía al jardín me pareció que algo raro había en él. Aun estaban a la entrada las flores azules; cada vez más tenía la certidumbre de que algo extraño había pasado. Después me di cuenta lo que era; "la Roca de la Fortuna" siempre elevada detrás del seto y en contra del río había desaparecido.

El padre Brown había inclinado la cabeza, y escuchaba atentamente.

—Parecía como si una montaña se hubiese escapado del paisaje. Me daba cuenta por supuesto, de que alguien tenía que haberla empujado. Salí corriendo hacia el lugar, y encontré la roca caída de su pedestal y al pobre Harry Bruce debajo de ella. Tenía sus brazos apretados a su alrededor, como si hubiese querido caer abrazado a ella, y en una mano crispada por la agonía, le encontré un papel en el cual estaban escritas estas palabras: "La Roca de la Fortuna cae en la trampa".

—Fué el testamento del coronel lo que provocó esa tragedia— observé al padre Brown — El joven pensó que la desgracia de Donald sería provechosa para él, más aún, dada la coincidencia de su llamado el mismo día que el abogado y de ser tratado con tanto cariño por su tío. Estaba arruinado, había perdido todo su dinero en Monte Carlo y no le quedó otra cosa que hacer que matarse cuando se dió cuenta de lo innecesario de su crimen. Esta es en realidad toda la historia.

Fiennes asombrado preguntó: ¿Pero cómo llegó a conocer todo el caso y cómo está seguro de que eso es verdad¿ ¡Estuvo sentado aquí, a muchas millas escribiendo un sermón y pretende asegurarme que sabe perfectamente todo lo que pasó allí! ¿Por donde diablos comenzó usted la investigación?

El padre Brown saltó: ¡El perro! — gritó —. ¡El perro por supuesto! Tenían la solución en las manos con lo que pasó en la playa; ¡si se hubieran preocupado de observar bien!

—Pero usted se rió de mi cuando le manifesté mis dudas sobre la conducta del perro esa tarde, y me contestó que el animal no tenía nada que ver en el asunto.

—...Y vuelvo a manifestarle "que el perro no tiene nada que ver con el caso". La verdad es que no me gustan los perros, pero ya le contaré cómo intervino éste en el asunto. En cuanto a su pregunta, de cómo pude a tanta distancia descubrir el criminal, sin conocer los personajes que intervinieron en el drama, es culpa suya, pues tengo que declarar con franqueza, describe tan bien las personas, que uno parece estarlas viendo. Un hombre como Traill, siempre serio, con la frente tajeada de arrugas que de repente sonríe, es un hombre nervioso que fácilmente se acorta. No me extrañaría que Floyd, el eficiente secretario, sea también nervioso, de otra manera no se hubiese cortado el dedo con la tijera ni la hubiese tirado al sentir el grito de Janet Druce. Además, los perros ponen nerviosa a la gente. No sé si ellos también se pondrán inquietos al verla. He ahí porque el pobre Nox protestaba contra esas personas que no le habían hecho nada más que mostrarse temerosas de él. Pero cuando se trata del asunto de la playa, las cosas son mucho más interesantes; yo no entiendo ese cuento del perro que entra y sale del agua; ¡no me parece cosa de perro! Si Nox hubiese sentido miedo de algo, lo más posible es que hubiese rehusado ir tras del bastón. Pero cuando un perro, jugando con su amo corre a buscar una piedra, un bastón o una pelota que éste tira para que él la encuentre, mi experiencia me dice que no se detendrá en nada, y ni aun a veces por más enojo que demuestre su dueño.

—Pero él volvió — insistió Fiennes —, sin traer el bastón.

—Volvió sin él por la mejor razón del mundo — explicó el sacerdote —, porque no podía encontrarlo. Eso es lo único que puede hacer un perro. Cuando Nox volvía pensó seguramente en lo que podía haberle pasado al bastón. Nunca le había sucedido esto antes, y figúrese la rabia de un "eminente y distinguido perro" al verse así engañado por un triste bastón.

—¿Pero, qué le había pasado entonces al bastón?

Se había hundido. Finnes no dijo nada; el sacerdote siguió hablando. Se hundió porque no era realmente un bastón, sino una varilla de acero, con una delgada vaina de caña y una punta muy afilada. Jamás ningún criminal se ha deshecho del arma con tanta limpieza como éste, que la tiró al mar para que el perro la buscara, sabiendo que iba a hundirse.

—Comienzo a ver claro — admitió Fiennes —, pero lo que no comprendo es cómo pudo usar esa arma a tanta distancia.

—Me di cuenta — dijo el padre Brown —, desde el momento en que Vd. mencionó la casa de campo, y más aún al saber que Druce usaba saco blanco. Todos los relatos de detectives como los del Cuarto Amarillo, donde un hombre es encontrado muerto en una pieza cerrada, a la cual nadie puede entrar, no tiene nada que ver con el presente caso, porque se trata de una glorieta.

Cuando se habla de un Cuarto Amarillo o de cualquier habitación, eso implica paredes que son realmente homogéneas e impenetrables. Pero una glorieta nunca es así; n frecuencia están construidas, como en este caso, por troncos y listones superpuestos, dejando entre sí ligeras separaciones. Había una de ellas que daba justo en la espalda de Druce cuando se sentaba en su silla en contra de la pared, y así como la pieza pertenecía a una glorieta, también las sillas eran de mimbre.

Por otro lado la glorieta estaba cercada por un seto, el cual, según me acaba de decir Vd. era muy ralo. Un hombre parado afuera, fácilmente podía ver entre sus ramas un pedazo inmaculado blanco del saco del coronel. Pero en lo que se refiere a la geografía, su descripción fué un poco vaga. Me ví obligado a agregarle algo de mi propia cosecha. Me dijo que la Roca de la Fortuna no era muy alta, pero agregó que desde ella se dominaba todo el jardín. En una palabra, estaba muy cerca de éste a pesar de que vuestro paseo se prolongara un buen rato antes de llegar a ella. Parece imposible que el grito de la joven haya sido tan fuerte como para sentirse a media milla. Su grito involuntario no fué más alto que lo que ordinariamente puede ser una exclamación de esa clase. Entre otras cosas interesantes que Ud. me contó, recuerdo haberle sentido que Harry Druce se retrazó para encender su pipa, protegido del viento por el seto.

Fiennes se estremeció. Ud. dice que él lanzó desde allí el arma y la mando a través del seto hasta el punto blanco? Pero eso fué una casualidad ,y además él no podía estar seguro que la plata del viejo iba a heredarla... El Padre Brown demostró alegría: —Ud. no entiende el carácter de ese hombre, le dijo como si él lo hubiese conocido toda su vida. Un tipo curioso, pero no desconocido. Si el criminal hubiese tenido la seguridad que la plata pasaría a su poder no hubiese cometido el asesinato.

—¿No es eso paradojal? — preguntó el otro.

—Ese hombre era un jugador, y además había perdido plata que no era de él. La psicología de individuos así les obliga a hacer cosas de locos, porque sienten un raro placer en el riesgo. El habría pensado: "Nadie más que yo podría ser capaz de aprovechar semejante oportunidad, y si lo supieran creerían que estoy loco, para correr este riesgo, pero es así como se hacen las grandes fortunas, por hombres suficientemente valientes para afrontar tanto peligro". En pocas palabras, era la vanidad, la megalomanía del jugador. La casualidad de ver ese pedazo blanco del coronel a través del agujero del seto, intoxicaron su mente con un deseo enfermizo. Así fué como el diablo tentó al jugador una vez más.

Fiennes meditaba, luego dijo:

—Tengo la satisfacción de que el perro tenga algo que ver con el asunto.

Y no solo eso, sino que hubiese podido relatarle todo el crimen si hablara.

—Dijo el sacerdote: De lo único que yo me quejaba en este asunto del perro, es de que como ellos no saben hablar, Uds. hacen toda una historia con su intervención y les hacen expresarse como si fueran médiums de la justicia divina.

UN VIAJE ALREDEDOR DE MI MISMO

∇ CAMPO... Fracasada la expectativa al consumar el regreso de mi andanza por una de tus lejanías, voy a reconstruir su itinerario para incorporar sus sugerencias al acopio de otras andanzas, que, como ésta, en definitiva, han resultado ser viajes alrededor de mí mismo.

En retrospectiva disquisición, para inventarle perspectivas, acudiré a mis notas. Vuelco mis tirillas de papel, cuadriculadas de dobleces, cuyos garabatos no creería trazados por mi mano, si el diseño de las impresiones que fijan no resultara familiar a mi inquietud. En fiel abigarramiento los recopila mi sinceridad...

∇ CAMPO... Lejura... Desatamiento brusco de las ligaduras con que el sensualismo ciudadano maniata nuestro capricho de vivir las complicaciones civilizadas que nos son predilectas.

∇ CAMPO... Soledad... Inmensidad presentida en el anhelo de hallarse a solas consigo mismo. Anhelo con jadear de fatiga o indecisiones de derrota.

∇ CAMPO... Silencio... Invento de serenidad que nos sugiere la lejanía como ese clima de paz en cuya decidida calma no percibiremos ni el aletazo de la nostalgia agorera.

∇ CAMPO... Olvido... Rumbo cierto de la humildad aprendida en el contraste, que al descubrir en un ocaso, seguimos a través de la noche decisiva con el presentimiento de llegar al alba de un designio esperanzado.

∇ CAMPO... Sol; mañana. Nervio; arado. Afán; tierra y surcos. Tanta tierra que comprendemos el sarcasmo de creer que nos está esperando para recibir nuestra carne cuando la abandone nuestra vanidad. Viendo como la riega el sudor de la carne tensa de afán...

∇ CAMPO... Tus caminos se hunden en la comba de las lejanías y nos dan la primera noción de nuestra propia pequeñez. Pues al perderlos de vista inevitablemente, el caminante comprende, de pronto, que seguirán achicando distancias cuando él quede tendido para siempre a la vera de uno de ellos.

∇ CAMPO... Tu horizonte azul reclama nuestra experiencia para deslumbrarla con sus milagros de perspectivas y la obsesión de saber inalcanzable su curva de infinito.

∇ CAMPO... Lejura. Soledad. Silencio. Olvido. Voy a tí con mi carga de cansancio y mi resignación de derrota. Necesito tu inmensidad para tonificar con su síntesis de infinito la ridícula opresión de mis desfallecimientos. Al marchar hacia tu clima sugestionante, mi espíritu presiente una saciedad de leguas que ha de hacerle contar el tiempo en el lento transcurso de las horas en paz.

∇ UNA noche de ferrocarril reducida al común denominador de sus horarios, sus paradas, su cena de coche comedor y los bruscos arrancones de la locomotora. Acunado por la cantilena que los trenes riman al sortear las juntas de los rieles; divertido con el roncar infatigable del vecino que en la cama alta disfruta el sueño bienaventurado de los justos; horizontalizado en el jergón, cigarrillo tras cigarrillo, he asistido al milagro de reducir a cero, quinientos sesenta kilómetros de pampa.

∇ EN la fría mañana, la estación aquella se me presenta "en cuadro", como una de esas bienhumoradas estampas de Molina Campos, compuestas para los calendarios de propaganda de ciertas marcas de alpargatas. Lo único que se desglosa de aquel estatismo campesino es la mancha de cuatro patos entropillados, cuyo grotesco andar palmípedo se acompasa en previsora retirada.

∇ —QUEDA lejos "El Balde"? — El chauffeur de la estancia que ha venido "a llevarme", me contesta con un dejo de disculpa.

—Siete leguas, señor...

—Ah, bueno... ¿Vamos? — Y al ocupar mi sitio en el asiento de la "voiturette", cuyo motor crepita la rauda sugerencia de su velocidad, sonrío, porque mi travesura jovial recuerda la cuarteta de la décima de Regules, que dice:

Pues a la estancia del Pino
Que es el fin de sus jornadas
Hay diez leguas acostadas
A lo largo del camino.

Y esta "voiturette", cuyo velocímetro viene registrando ochenta kilómetros, ridiculizará la solemne magnificación de tal distancia.

∇ CAMPO... Escarcha... Tras los siete hilos de los alambrados, a ambas manos del camino, yacen planicies asoladas ner la ceniza, sobre cuya pizarrosa mortaja jadea babeante de fiebre la hacienda destinada al "chilled" para Londres.

∇ CAMPO... Huellas arenosas, serpeantes, entre cuyos amplios cauces las gomas balón ruedan ya, hace sesenta minutos, sin abreviatura de distancias pese a los ochenta kilómetros del velocímetro. Observo de reojo al mocetón atento a la cinta baya del camino y lo recuerdo, diciéndome con humildad, en la voz colada a través de la bufanda overa. Hace una hora.

—Siete leguas, señor... — Ahora no sonrío, cambio discretamente de postura.

∇ CAMPO... Confort... Hospitalidad... Organización... Tertulia... Estoy en "El Balde". Lo conocía de mentas desde hace veinte años. Cuando su actual administrador y uno de sus dueños, era mi compañero en la pensión estudiantil. Yo engañaba a la gloria, así por lo menos lo creía, exaltando mis merecimientos. El engañaba a su padre, así por lo menos lo creía, asegurándole que estudiaba. Al visitar su magnífica casa, plantada en plena pampa, he recordado a aquel muchacho estudiante a quien tanto le placía bromear luciendo el jacket y el sombrero de copa que usara en el cortejo de un casamiento familiar. Tan arrebatado y tan cordial, siempre. Como que en un arrebato me pone cerca de su corazón, bajo su propio techo, como si veinte años de distancia y quinientos sesenta kilómetros de lejura no existieran para nuestra firme amistad.

∇ CAMPO... "El Balde"... Cincuenta mil hectáreas... Parece fábula. A quinientos sesenta kilómetros de Buenos Aires, en la casilla de madera que desde hace treinta años aposenta su administración, mis ojos asombrados han visto extender, con mano firme y actitud familiar, un cheque por ochenta y cinco mil pesos. Sobre un armario, envuelta en tela metálica, se conserva como reliquia la lámpara a querosene que alumbró los lejanos desvelos de don José María, un vasco recio e infatigable, fundador de esta organización campesina. A dos pasos de la puerta de la casilla, se yergue un arbolito con el tronco pulido por "la recostada" de los visitantes en espera. Y lo que son las cosas. Mi amigo, aquel estudiante que hace veinte años se ponía frenético cuando le "usábamos" un chorrito de colonia sin su consentimiento, hoy acuerda generosas prórrogas y créditos a sus chacareros morosos, pero se sigue poniendo frenético cuando los sorprende recostados en el arbolito...

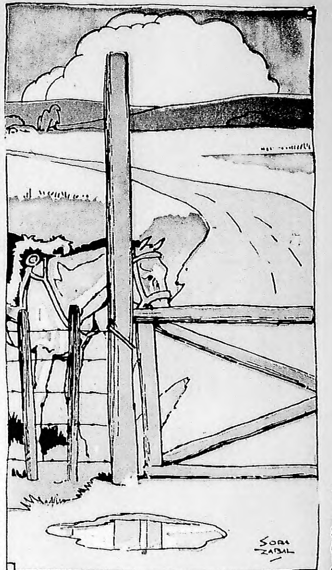
∇ CAMPO... "El Balde". En tal rótulo estanciero, prestigioso en la zona Oeste, concreto la experimentación de cuanta sugerencia acopié a través de mis lecturas sobre planes integrales para organizar la vida laboriosa del campesino. Cinco mocetones vigorosos y enérgicos. Nutridos espiritualmente en el designio del viejo poblador de esos yermos vencidos por su esfuerzo. Cinco voluntades libres, solidarias en el afán del impulso común. Cinco hermanos tan diferentes como lo pueden ser cinco ramas que se tienden nutridas del mismo tronco, cuyo follaje hace una sola sombra para el alto de los peregrinos, como para la humedad propicia que nutre las raíces comunes en la sequía...

∇ CAMPO... Sol que alarga tus días y retempla el afán. Lluvia que al bendecir la entraña de la pampa florece los labios de sus surcos. Cielo que sintetiza el misterio impenetrable de la divinidad que rige el Destino de los labradores. Para el relampaguear precursor de tus tormentas, los nublados de tus vendabales, los rosicleres de tus alboradas, los incendios de tus crepúsculos, la diafanidad de tus heladas y la adustez de tus bochornos, son las miradas del campesino. Que se alzan y escudriñan tu bóveda en silencio de religiosa rogativa; la escrutan con angustiada ansiedad por descubrir el signo propicio; o se enturbian de fatalismo en una resignación crepitante de impotencia.

∇ CAMPO... Leguas y más leguas asoladas por la lluvia de cenizas volcánicas. Pastizales resecos por las heladas implacables, calcinados bajo el fuego de este sol de sequía que descolora su verdor y absorbe sus jugos.

En el fondo de una de las distancias que prolongan el rumbo de uno de tus puntos cardinales, he enriquecido mi paisaje espiritual, tensa mi expectativa ante el pavoroso proceso de muchos días, en cuyo transcurso la creciente angustia divinizaba la infernal magnitud del problema.

∇ CAMPO... Bochorno de sequía. Nubes de ceniza estelan al auto, mezclan su polvillo con nuestras palabras y pulen con piedra pomez los dientes. Chacras alineadas a la vera del camino. Sin un afán sobre los surcos. Pandillas pintorescas de perros que ladran a las ruedas del automóvil porque ruedan... Chacareros de rictus compungidos y zurdos ademanes. Labios tensos que muerden las mismas palabras de desaliento. Un solo anhelo angustiado... ¡Lluvia!



∇ CAMPO... Días, días y más días de espera y de estribillo. Rostros atezados que miran al cielo. En la profunda extensión, arreos de hacienda envueltos en espesos nubarrones de arena y ceniza. Los ranchos y caseríos chacareros parecen acurrucarse para amparar la holgazanería de sus pobladores. A lo largo de la costa de las cuadras el ganado asoma por sobre los alambres sus fauces desflecadas en hilos de babas que rebrillan al sol.

∇ CAMPO... Seca de desolación para la entraña exhausta de la tierra. Entre el bochorno de tus tardes, en alas de un viento de fuego, vuelan vaharadas de torvos presagios para acuciar la superstición campesina. Y en tu clima de fiebre, la obsesión que domina tu inmensidad parece concretarse en un clamor que atrista la pampa... ¡Lluvia!

∇ CAMPO... Chacras que atraen nuestra expectativa mental, pues en el enunciado de ese sistema colonizador reposa la esperanza teórica del ciudadano que ansía la liberación del campesino.

En el automóvil de mi viejo amigo visitamos las poblaciones chacareras, mientras él deja a cada una de aquellas voluntades desfallecidas un montón de palabras que se antojan inventos de estímulo.

En el regreso mediatativo de la excursión, al caer de esta tarde de bochorno polvoriento, la voz velada por el exceso tabacal de mi nervioso aparcero, comenta escépticamente.

—Ya habrás observado... Ni uno solo dispuesto a algo útil o práctico. Todos metidos en las cocinas o tirados en los catres. Hoy acobardados por la seca, ayer corridos por el frío, cuando no porque la cosecha de maíz va a darles apenas para saldar sus obligaciones...

Sí. He visto de cerca hoy en sus ranchos, ayer en la administración de la estancia. No son esos héroes exaltados por algunos periódicos, como víctimas propiciatorias del régimen agrario.

No plantan un árbol junto a las casas, pues si bien su ramaje generoso les daría sombra, con él dejarían una mejora en el campo, que otros podrían aprovechar. Y casi siempre mueren aferrados a su miserable criterio sobre esa tierra ajena.

∇ CAMPO... Sobre tus leguas de tierra reseca vuela en alas del viento ardiente el clamor de una angustiada ansiedad. ¡Lluvia!

Malhumor que en los atardeceres masculla la licencia a los "linyeras" para hacer noche. Silencios pensativos sobre los blancos manteles de las mesas familiares aventan sus tertulias. Inverosímiles desvelos de los labradores tendidos en sus lechos, envueltos en la sombra que diluye a intervalos el fulgor del cigarrilo confidente. Fiebre que atera el alma y la conciencia de los labriegos. Y la lluvia, ese milagro de la altura, puede calmarla. Hasta mi sueño se inquieta de ansiedades, dando vueltas al comentario de ese día. Ciento veintidós días sin agua...

∇ CAMPO... Noche. Vaho penetrante de la tierra exhausta en descanso. Cinco mocetones velan en sus camas alumbrando su insomnio en marcha con los destellos de sus cigarrillos confidentes. Yo los acompaño con mi disquisición solitaria. Nada de esto es mío, sino su afecto en la hospitalidad. Los hombres de espíritu ennoblecemos nuestra calidad con el regocijo que nos dejara el justificar la ventura y la prosperidad de quienes embellecen el goce de su poderío con la dignidad de un gesto fraternalmente romántico. Mi fervor reza en alta voz palabras que absorbe la sombra profunda. Recuerdo la sonrisa incrédula de la tertulia en dispersión cuando aseguré tras escrutar el cielo ceñido... ¡Esta noche tenemos agua!

∇ CAMPO... ¡Cuánto tiempo es un minuto en la soledad misteriosa de tu noche! Un minuto ha pasado, quizás. De pronto, como si unos dedos milagreros tamborilearan sobre el zinc del techo, suena un repique que tiene el poder de sentarme en la cama. Abro los ojos desmesuradamente como si quisiera espantar del rumoroso silencio campesino una alucinación auditiva. Quedó inmóvil, contenido el respiro, unos segundos. Voy a tenderme otra vez, cuando percibo otro repiqueteo más nítido y extenso... No quiero traducir el milagro inminente. La emoción acelera mis latidos resonantes como un redoble en la caja de mi pecho. Mi ansiedad se expande en un hondo suspiro. Y en el transcurso de ese otro minuto de mi desahogo cordial el aluvión se desata.

∇ CAMPO... Lluvia. Casi estoy por decir que recién sé lo que es llover. Un fragor de cataratas diluye el silencio. El infernal fulgor de los relámpagos incendia la sombra. Corro al ventanal a ver el espectáculo. A través de la densa cortina de agua, alcanzo a divisar lucecitas aisladas que se encienden allá lejos. Son los colonos, que iluminan de esperanza su insomnio. Yo también enciendo mi luz y vuelvo a pegar mi sonrisa jubilosa contra los vidrios empañados por el polvillo aventado de la lluvia...

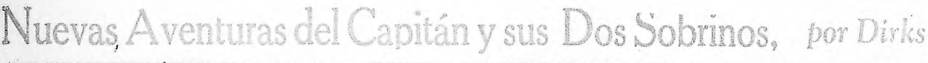
∇ CAMPO... Alborada que halló de pie a tus labradores. Leguas y más leguas se tienden voluptuosamente bajo la profunda bendición del agua. Caminos barrosos surcados por todos los vehículos del contorno. Encuentros regocijados, con anchas sonrisas y estrujones de manos. Labios henchidos de cordialidad y esperanza formulando generosamente las recíprocas felicitaciones.

∇ CAMPO... Esperanza. Futuro dorado de tus espigas. El mañana florecido de tus surcos sugiere cánticos de paz.

∇ Y de un confín a otro el viento fresco de la escampada lleva en sus alas una estrofa para tu inmensidad fecunda... ¡Ha llovido 152 milímetros!

JOSE ANTONIO SALDIAS

ILUSTRACION DE SORAZABAL











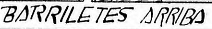
PEÑAS ABAJO



















EL REMERO CIRCENSE









Bajo la Ley Marcial



POR

RICARDO SETARO

★

Ilustración de Rechain

MILES de personas caminaban sin rumbo por la Avenida de Mayo. Desde hacía horas esa gente iba y venía, interminablemente, cubriendo las veredas y la calzada y como para quien se detuviera a observar no era posible hacer un recuerdo de las caras de los caminantes, el repetirse constante de los rostros de los desconocidos producía un raro efecto de igualdad que permitía pensar que eran siempre los mismos los que tan pronto se alejaban o se acercaban a una bocacalle, en aquel ir y venir de la gente, y no distintas personas que se fueran renovando, a medida que unos entraban en la marea de gente que paseaba por la avenida y otras salían hacia la ciudad, por las calles que la cruzan de norte a sur.

Carlos Mastronardi y yo íbamos caminando entre toda aquella gente. Advertíamos que los que con nosotros ocupaban la calle, lejos de confundirnos en el todo, producían con su proximidad el efecto que permitía imaginarnos que estábamos completamente aislados y ocultos, por la seguridad que teníamos de que habiendo tanta gente allí era materialmente imposible que alguien nos advirtiera, como habría ocurrido con algún amigo, si por el contrario nadie hubiera habido allí más que nosotros.

Los chicos, tomados fuertemente de las manos de los mayores se arrastraban entre los grandes, cubiertas las solapas con escarapelas azules y blancas o llevando en la mano libre, la que no usaban para sujetarse al remolque de los mayores, en levantar alguna banderita bicolor, de esas de tela tan tenue que permite la transparencia y de asta tan liviana, tan delgada, que por más que tengan la forma idéntica a las grandes banderas que hay en los días de fiestas patrias en las casas, carecen de la vida de esas banderas y se asemejan tanto a ellas como puede asemejarse a un ser lo que de ese ser vemos en las fotografías.

Pero a pesar de que la gente iba y venía por la Avenida de Mayo, con sus chicos a la rastra, la vista perdida entre las banderas de los edificios y las luces de los frentes de las casas, y los chicos llevaban en las manos las banderitas argentinas y las escarapelas que llevan en los días de recordación de hechos de la historia nacional, nada había aquel día que hiciera pensar que se festejaba una fecha patria, precisamente porque toda aquella gente estaba vestida como habitualmente se viste la gente que anda por la calle, sin que se vieran los trajes tan planchados de los días patrios, que parecen arrugados a fuerza de no tener arruga alguna. Ni siquiera los vendedores de escarapelas y banderitas y los pregonadores de los retratos de los próceres del día permitían formarse una idea así.

Aquella tarde correspondía al día 8 de septiembre de 1930. Mastronardi había venido a Buenos Aires en una de esas escapadas que acostumbra hacer, cuando siente, en la tranquilidad de su retiro entrerriano, que se le escapan las cosas de la ciudad, que tanto le gusta y como siempre que viene a Buenos Aires en esas circunstancias, tenía muchas cosas que hacer, mucha gente a quien ver, de modo que se despidió de mí y me dejó en la Avenida de Mayo, entre la gente que iba y venía con los niños a remolque, las escarapelas en la solapa y las banderitas bicolores en las manos de los niños.

Vi como Mastronardi se abría paso entre los grupos de personas que caminaban y como su itinerario hacia una bocacalle se torcía y se rectificaba luego, entre los empujones de las personas, sorprendidas en su paso sin rumbo por la aparición de alguien que lo llevaba y que por ello no podía dejarse llevar por la multitud, como todos los que caminaban a esa hora, y los ofrecimientos insistentes de los carapelas y los que pregonaban vendedores de banderitas y es los retratos de los flamantes héroes del día. Pronto no vi más a mi amigo y yo mismo me sentí llevado hacia no sabía dónde, entre la gente, los pisotones de los que no cumplían el ritmo de la marcha uniforme y los empujones de aquellos que, sin rumbo también, pero más apurados, trataban de pasar delante mío y de los que como yo caminábamos despaciosamente bajo los arcos ornamentales de la iluminación municipal, las banderas azules y blancas de los edificios y el cielo claro de esa tarde de septiembre.

Como el andar, que en otros casos ocupa un poco de nuestra atención, era tarea que en esos momentos cumplía toda la gente independientemente de cada uno, como si se hubiera delegado a la totalidad la tarea personal de andar, y nada tenía, además que me hiciera pensar en cosa alguna determinada, bastó el pasar frente al edificio de un diario, en cuyas pizarras noticiosas había escritas algunas informaciones referentes a las víctimas producidas por la revolución del día 6, para que volviera a mí el recuerdo de lo que le había ocurrido a ese común conocido que teníamos con Mastronardi, al enterarse de la ocurrencia del movimiento subversivo que había derrocado al gobierno.

Ni a Mastronardi ni a mí nos unía amistad con aquel muchacho, de quien no sabíamos ni siquiera el nombre, pero ambos lo conocimos; más por verlo habitualmente en el mismo café donde acostumbrábamos reunirnos que por trato personal con él. Sabía que las ideas de aquel muchacho diferían mucho de las mías, pero estaba enterado de ello por la observación de su modo de ser y las referencias que sobre su vida nos habían dado el mozo del café y algunos conocidos comunes.

Era un fiel cumplidor de lo establecido. Aceptaba todo lo existente sin discusión, como se acepta la fecha de nacimiento o el color de los cabellos, en la seguridad de que todo lo existente, ya fueran cosas materiales o del espíritu, estaba originado en el principio mismo de todo y sin que correspondiera a los humanos otra tarea que la de andar, como cada cual quisiera mejor, entre esas cosas ya existentes, tal como yo andaba en ese momento entre la multitud de la Avenida de Mayo.

Tal manera de pensar no respondía a un plan de conveniencia espiritual, ni había sido elaborada para norma de vida sino que surgía de una conformación especial del espíritu, como se puede ser alto, narigudo o ingenuo.

Cuando aquel muchacho, al salir el día 6 a la calle, se enteró de que el ejército marchaba hacia la ciudad para oponerse a la continuación del gobierno que estaba ejerciendo el poder de la Nación, quedó tan perplejo como si se hubiera enterado que mi cabeza se hubiera separado de mi cuerpo, para mirar cómo me quedaba la corbata. El ejército, el gobierno, la bandera, el recuerdo de la maestra de escuela, los hombres de las calles y los nombres de las ciudades las fechas gratas para las banderas de las calles de esas ciudades, todo se presentaba a la imaginación de aquel muchacho, tan unido, tan formando parte de un todo indivisible que el anuncio de la marcha sobre la ciudad del ejército le era imposible de comprender y siendo que nunca había pensado en lo que pudiera separar a un ejército de un gobierno, por cuanto los consideraba la misma cosa, la noticia se le presentó como sin justificativo, asombrosa, como se habría asombrado si al mover de un sitio la lamparita de su mesa de luz el haz de luz del foco hubiera continuado en el mismo sitio, sin modificarse por el cambio de ubicación de la lamparita.

♦

Ocurrió, sin embargo, que esas misma tarde, ya triunfante la revolución y pegadas en las paredes las proclamas y escritos en las pizarras de los diarios los nombres de los que formaban el nuevo gobierno, las cosas se aclararon para él, volvieron a su cauce y su conciencia quedó tranquilizada al enterarse de que el ejército, que había marchado sobre la ciudad para derrocar al gobierno estaba allí en ella, pero formando parte del mismo, como él siempre se había imaginado que debía ser un ejército.

Yo pensaba, caminando entre la multitud, lo que debía haber sido en la mente del muchacho lo ocurrido el día 6, pero muy lejos estaba de imaginar lo que iba a ocurrirle esa noche.

Así como mucha gente conocida mía es posible que a esa misma hora en que yo andaba por la avenida de Mayo anduviera caminando por ella, este muchacho, cuyo destino me preocupaba, se sumaba también a la multitud, miraba las banderas de los edificios, las escarapelas que los niños llevaban en las solapas y unía su júbilo al de la gente que, parada ante los diarios, comentaba los nombres de los hombres que estaban formando el nuevo gobierno y que esa tarde se habían dirigido al pueblo desde las ventanas de la Casa de Gobierno — que es, por otra parte, la forma que tienen los gobiernos de acercarse al pueblo — hablándole de los propósitos que les animaban, de los planes que tenían y de las razones que les habían inducido a hacer lo que habían hecho.

Pero ocurrió que esa misma tarde, estando aún aquel muchacho entre la gente que andaba por la avenida de Mayo y habiendo ido a parar en su trayecto a las inmediaciones de la Casa de Gobierno, fué sorprendido, como muchos, por unas descargas de fusilería seguidas de un tiroteo, que hubo de prolongarse durante largo rato, confundiendo a todos los presentes.

El muchacho corrió. Estaba frente al edificio de la Municipalidad y comprendió que lo más accesible como refugio para él era llegar hasta la Diagonal Norte, huyendo en dirección a la calle Florida, alejándose así del foco del tiroteo, que era la Casa de Gobierno. En ese mismo momento, mientras corría para llegar a la Diagonal Norte, algunas personas, entre las que había con uniforme militar, abrían las puertas de un negocio de armería en la esquina de la calle Rivadavia y la Diagonal Norte. El muchacho, instintivamente, se introdujo allí.

Los hombres y los militares estaban sacando armas de los escaparates y uno de ellos, dirigiéndose al recién llegado, le alcanzó una carabina que puso en sus manos. Luego todos salieron, llevando cada uno un arma, cajas con municiones y otros objetos que pudieran servir al propósito que les guiaba de defender a los hombres que, estando en la Casa de Gobierno, eran atacados desde fuera de ella.

Yo supe después que el muchacho no salió de la armería. Cuando los hombres y los militares salieron, dejándole una carabina en las manos, se había quedado de pie, mirándolos irse, sin atinar a trasponer el umbral de la puerta por el ruido de los disparos que afuera se hacían y por las reflexiones que en ese momento se le ocurrían.

El gobierno había sido derrocado dos días antes. Un nuevo gobierno se había constituído y fijado su cuartel general en la Casa de Gobierno. Pero ahora ocurría que quienes estaban en la Casa de Gobierno y que días antes habían estado en las calles haciendo fuego contra los ocupantes de aquélla, eran ellos mismos atacados, al parecer por los que formaban el gobierno.

Al muchacho le costaba discernir cuál era su deber en ese momento. Nuevamente se le presentaba la situación incomprensible del instante en que había visto que el ejército, formando parte integrante del gobierno, se disponía a atacar al gobierno. Ahora veía que se estaba luchando, que el fuego arreciaba en las calles y que la gente, sin preocuparse del peligro, buscaba armas — sacándolas a viva fuerza de los lugares donde horas antes sólo era posible obtenerlas mediante el pago de cierto precio — y se lanzaba a la lucha: unos de un lado y otros del otro.

¡Cuánto hubiera dado aquel muchacho porque en alguna parte apareciera una insignia, una bandera, un distintivo que le indicara donde estaba la legalidad, cuál era el gobierno, quién representaba la patria, para ponerse de ese lado y usar ese arma que tenía en sus manos y no sabía qué hacer con ella!

En los alrededores de la Casa de Gobierno la lucha se prolongó durante un rato. Sobre las calzadas y las veredas, en los umbrales de las puertas y en los jardines de la plaza de Mayo, reposando sobre rojas alfombras informes, brillantes a la luz de los faros eléctricos del alumbrado público, estaban los cuerpos de los hombres, de los soldados y de los caballos que habían caído durante la lucha.

Algunas armas aparecían abandonadas en el suelo, y a medida que el tiroteo iba disminuyendo en intensidad, las calles empezaban a poblarse de esa gente que había huído o se había parapetado en edificios y jardines para cubrirse en la pelea o para protegerse de los disparos que hacían los otros en todas direcciones.

Los automóviles que poco antes fueron abandonados por sus ocupantes eran puestos de nuevo en marcha; de la Casa de Gobierno salían pelotones de soldados al mando de oficiales; los camiones blindados, con los cañones de las ametralladoras amenazantes, iban y venían y la actividad se apoderaba poco a poco del lugar.

Algunos disparos aislados se oyeron todavía y poco después solamente era interrumpido el silencio por las sirenas de las ambulancias de sanidad y el roncar de los motores de los camiones blindados. Una que otra vez sonaban sobre el pavimento los acompasados pasos de los soldados, cuyos zapatos proporcionaban un acompañamiento de ruido metálico a su marcha. Civiles, entre los que ya se contaban algunos niños y una que otra mujer, asomaban sus caras en las ventanas de los edificios y en las puertas de las casas y poco después se aglomeraban frente a las pizarras de los diarios y alrededor de los pegadores de carteles, que fijaban con engrudo en las paredes las nuevas proclamas del gobierno. Estaba en vigor la ley marcial.

La armería que horas antes había sido saqueada, permanecía desierta; más desierta ahora que nunca, por sus escaparates vacíos, por su suelo cubierto de objetos, de cajas de municiones vacías, de estuches de armas. La sola vida allí dentro era la sombra inmóvil, al fondo del negocio, del muchacho, cuya respiración acompasada podía percibirse fácilmente estando dentro del local.

Con la carabina en la mano y una caja de municiones sobre sus piernas, estaba aún allí, inmóvil, sentado sobre el borde de uno de los mostradores del negocio, apoyada la carabina en el piso, sin pensar en nada, sumido en una somnolencia que le había sobrevenido después de mucho cavilar sobre qué era lo que debía hacer con aquel arma y aquellas municiones.

Cuando ruidos extraños se acallaron en el exterior y se extinguió el sonar de las armas y el rítmico retornar del tráfico y el andar de los peatones en la calle, convencieron al muchacho que todo había terminado de cuanto anormal estuvo ocurriendo fuera, tuvo una sensación clara de alivio y de la inutilidad de su permanencia en ese lugar, por lo que convino en que el arma que tenía en su mano, que le habían entregado al iniciarse la lucha, ya no tenía objeto. Se puso de pie, dejó en una de las vitrinas colocadas sobre los mostradores la caja de municiones y luego, lentamente, se acercó a un escaparate y elevó el arma para colocarla en los soportes especiales allí existentes. Pero en ese momento se oyeron fuera unas voces extrañas:

—Un ladrón—dijo alguien.

Los zapatos de los soldados sonaron metálicamente sobre la calzada y una voz ronca dijo, ya dentro del negocio:

—¡Alto, quién vive!

El muchacho quedó en suspenso. Tenía aún en sus manos la carabina y sólo atinó a mirar hacia la puerta. Allí estaba un oficial del ejército y tras él algunos soldados, en formación de marcha y un grupo de civiles, que los rodeaban.

—Estaba robando armas, dijo una voz.

El oficial, cautelosa pero resueltamente, empuñando una pistola en su diestra, se adelantó seguido de los soldados. El muchacho dejó el arma, bajó los brazos y esperó.

—Lo van a matar, se oyó decir fuera, en la calle.

—Estaba robando armas, repitió la voz que había dicho antes esas mismas palabras. "La ley marcial..."

Cuando el día 9 nos encontramos con Carlos Mastronardi en el café donde habitualmente nos reuníamos, le dije:

—¿Te enteraste? Murió en la revolución ese muchacho que siempre venía aquí. Hoy vi su nombre en la lista de los muertos en la revolución. Algún amigo lo identificó en la Morgue y se lo ha comunicado a su familia. Pobre tipo.

Y es que en realidad, mucho tiempo después, conversando con una persona que había sabido de la ejecución del ladrón de la armería, caído bajo el imperio de la ley marcial, vine a comprender cuál había sido el destino de aquel muchacho, tan amigo de la legalidad, tan aferrado a las cosas establecidas, que veíamos y saludábamos con Carlos Mastronardi cuando nos reuníamos en el café a charlar de las cosas de Buenos Aires.

△ △ △

BALAS Perdidas

(PARA PENSAR MIENTRAS HABLA LA ESPOSA)

por

CARLOS V. WARNES

Dónde diablos andará el espíritu de contradicción, cuando el jefe del R. Civil nos pregunta: —¿Queréis a Fulana, por esposa?

★

El hombre lucha por conquistar cosas que luego pierde miserablemente. La llave de la puerta de calle, por ejemplo.

★

Unicamente los solteros pueden explicar, sin provocar mordaces sonrisas, el origen de un ojo en compota.

★

El diablo ríe cuando un novio cuenta al amigo: —"Si vieras qué manos tiene! ¡Ella misma se hace los vestidos!

★

¡Y pensar que hay madres que permiten a sus hijos casarse sin enseñarles a pegar botones!

★

Muchos hombre lo echan todo a perder, riéndose cuando la esposa amenaza dejar el hogar.

★

Un soltero que despierta de noche y ve que alguien registra sus ropas, puede atacar al ratero.

★

La imagen de la complicidad en el engaño, es el hombre que habla con su futuro yerno.

★

"Quedó muda de asombro", es una frase que se lee en las novelas fantásticas".

★

El día que se firmó el armisticio, los solteros gritaban ."¡Se acabó! ¡Se acabó!"

★

En los primeros años de viudez, un hombre que regresa a su casa después de las veinticuatro horas, lo hace con los botines en la mano.

★

Los hombres solteros piensan que los palos de amasar sólo sirven para amasar.

Dejadles.

★

¡Joven, no te rías! ¡Yo también fuí soltero como tú!

★

¡Qué lindas son esas nenas obedientes y cariñosas ¡Y que pueden llegar a ser esposas algún día!

★ ¡Se la Llevó! ★

ALDO DIECI

Juan Sorazábal

SIMON Pelovich al desembarcar en la dársena Norte, sintió renacer la esperanza que había perdido durante el viaje. El enorme movimiento del puerto, secundado por el intenso tráfico del Paseo de Julio, le dieron la impresión de que había llegado a un centro febril, donde el trabajo no podía faltar, por muchas que fueran las personas interesadas en hallarlo.

Dió una palmadita a su esposa y le dijo, en un idioma un poco difícil para nosotros los latinos:

—Me parece que la América es como nos la ha pintado Marcovitzky.

Recogió sus fardos, entregó a la mujer la valija sucia y pelada, que contenía lo mejor de la familia y, mostrando a más de veinte personas un papelito con una dirección, llegó, después de una buena hora de camino, a la calle Azcuénaga 207, morada del cuñado Abraham Scuerzovicht, que tenía instalada una pequeña fábrica de gorras a cuadros.

Durante tres meses trabajaron, él y la mujer, en la renovación de los tafiletes usados y en el lavado de los forros sucios, elementos de primer orden en la fábrica de Abraham, que hacía las gorras nuevas con los retazos viejos.

"Aprende el arte y ponla aparte", dice un refrán italiano, que Pelovich había aprendido de un zapatero calabrés, establecido en Polonia, y fiel a la máxima nuestro hombre abrió su fábrica al lado de la del cuñado, cuando vió que él también podía realizar el milagro de hacer revivir las gorras muertas.

Durante dos años trabajó con ahinco en la original industria, sin obtener mayor resultado que el de satisfacer el estómago, llenándolo de pescado ahumado y de guisos de verduras. El único gasto extraordinario que se permitía Simón Pelovich era el billete semanal de la lotería, que infaltablemente compraba, para apresurar el encuentro con la fortuna y volver, glorioso y triunfante, a su pueblo natal.

El mal ejemplo cunde rápidamente: Simón conocía a dos compatriotas suyos que habían ganado miles de pesos en la lotería y desde entonces se había convencido que a él también, un día u otro, la suerte le acariciaría la joven pero espesa barba. Religiosamente, con una puntualidad de empleado nacional en el día de cobrar el sueldo, Pelovich salía de su casa a las 9 del día fijado para la Lotería Nacional y se pasaba tres horas largas en busca del número simpático que se le antojaba como probable ganador de los 100.000 pesos.

Una vez en posesión del precioso billete, llegaba a su casa con el rayo de la esperanza nueva que le iluminaba la ancha frente y entregaba, con cuidado y cariño, el papelito milagroso a la buena compañera, quien, como de costumbre, lo escondía en el bolsillo del viejo smoking, que le había servido a Simón para llenar un requisito indispensable, en el día del casamiento.

Así corrían las semanas entre esperanzas y desilusiones, sin que por eso el matrimonio Pelovich abandonara por un instante la creencia de ganar.

—La constancia — decíale él a su esposa — trae aparejado un premio indiscutible. Esta es la frase que he leído en un libro de Máximo Gorky, a propósito de uno de sus personajes, quien, después de haber trabajado durante 30 años en un campo ajeno, fué confinado en Siberia. Nosotros, ténlo por seguro, llegaremos a ganar los 100.000 pesos, si insistimos en gastar los 22 semanales.

Y seguía, con más tesón que nunca, renovando forros y tafiletes, para colocarlos en las gorras nuevas de su... vieja fabricación.

Cabalista, como todos los jugadores insistentes, Simón Pelovich subordinaba la fortuna al número de un auto parado delante de su puerta o a la combinación de números que podía formar con las fechas y las edades. Un día se le ocurrió algo original:

—Tú sabes — preguntó a la mujer — cuántas gorras hemos fabricado durante los tres años que han pasado desde que pusimos esta fábrica? ¡Pues te lo voy a decir con la mayor exactitud!

Y, retirándose al cuartito húmedo y sucio que abarcaba todas las dependencias de la casa, púsose a revisar con atención suma una pila de cuadernos de 0.05, que encerraban toda su contabilidad rudimental.

Al cabo de dos horas, volvió cerca de la mujer y le dijo con tono triunfante:

—Desde nuestra emancipación hemos fabricado, exactamente, ¡18.413 gorras!

De repente, su actitud trocóse de alegre en pensativa y, luego de un rato de reflexión, exclamó:

—¡Qué lástima, caramba! me salió la cuenta con 13!

Quedó mortificado durante diez minutos, hasta que pareció resolver un problema de suma importancia cuando se encaminó apresuradamente hacia un estante, lo revolvió con febrilidad y entregó a la mujer unos retazos, gritándole casi:

—Sara, hazme una gorra en seguida; ¡quiero formar 14!

Y ni se movió de su lado hasta ver concluido el trabajo, que la mujer rapidamente ejecutara. Corrió entonces a la calle y, por primera vez en su vida, tomó un colectivo...

Más de veinte agencias visitó en menos de una hora, para hallar un número aproximado al de las gorras fabricadas en tres años. Finalmente encontró uno que no se alejaba mucho del que buscaba: 16.414.

—La terminación, por lo menos, — se dijo — está asegurada.

Y corrió a su casa para entregar, como siempre, el precioso papel a su cara mitad. A las 2 de la tarde, cuando los camillitas voceaban el primer vespertino, salió para el almacén, con el objeto de ver el resultado del extracto, ahorrando así los 10 centavos del diario.

Dos minutos después volvió a su negocio, con los ojos desmesuradamente abiertos, la cara congestionada y los brazos levantados, tartamudeando a gritos:

—¡Sara.. Sara... 16.414... cien mil... la grande...

De repente se tambaleó, como si fuera movido por dos vientos contrarios, bajó los brazos, hasta cruzarlos sobre el pecho, entornó los ojos y cayó al suelo como fulminado.

Tres días después, cuando la viuda inconsolable, luego de haber derramado hasta la postrera lagrima, se recordó de la lotería, una desagradable sorpresa la esperaba: el traje negro que hacía de cofre a los billetes había servido para vestir al difunto que, en la opinión de una vecina servicial, debía ser sepultado con la misma indumentaria... ¡de la primera desgracia!

Pelovich, fantástico creyente de la diosa Fortuna, se había llevado consigo la grande!...



Dos Antiguos Problemas

El mentiroso

EN algunas versiones, el héroe de esta primera dificultad (con la que jugaron los griegos) es el abderitano Demócrito inventor de los átomos indivisibles, negador del espiritismo, falsificador de esmeraldas, disolvedor de piedras, antiguo ablandador del marfil y hombre que se arrancó los ojos en un jardín para no distraerse. en otras, el candiota Epiménides. varón que se dedicó a la longevidad, postergando la muerte hasta el decurso de 289 años. Demócrito de Addera en el Mar Egeo, Epiménides de Creta en el Mediterráneo: elija mi lector aquel sonido que más le gusta. El sofisma (con la persona y la ciudad que quieran) es éste.

Demócrito sostiene que los abderitanos son mentirosos: pero Demócrito es abderitano: luego, Demócrito miente: luego, no es cierto que los abderitanos sean mentirosos: luego, Demócrito no miente: luego, es verdad que los abderitanos son mentirosos: luego, Demócrito miente: luego. no es cierto que los abderitanos sean mentiros: luego, Demócrito no miente: *et sic de coeteris* hasta la peligrosa longevidad, o hasta la apresurada investidura de un chaleco de fuerza.

Charles Lamb se duele de los jugadores despreocupados que en vez de jugar a los naipes, *juegan a jugar* a ellos: yo prefiero creer que los griegos sólo *jugaron* a la perplejidad y al misterio con la broma anterior. Es imposible que no percibieran la trampa. Esta reside en la falsa identificación de *mentir* y *ser mentiroso*. *Mentir* es decir lo contrario de la verdad: *ser mentiroso* es tener el hábito de mentir, sin que ello signifique una obligación de mentir todo el tiempo. Un mentiroso puede lamentar la sequía sin estar domiciliado en un maremoto: un mentiroso puede murmurar la frase *yo entro*, sin que ello importe vociferar la orden: *tú sales*.

El cocodrilo

Los interlocutores de la segunda dificultad (con la que también jugaron los griegos) son un cocodrilo, una mujer y un niño. El cocodrilo acaba de apoderarse del niño, la madre exige con acopio de lágrimas su inmediata devolución. El cocodrilo jura restituírselo. siempre que ella adivine acertadamente si él lo devorará o lo restituirá. Si la madre le dice: *No devorarás a mi niño*, el cocodrilo (sin faltar a su juramento) puede afirmarle, y aún probarle, que se equivoca... La madre piensa un rato largo y le dice: *Digo que vas a devorar a mi hijito*. Aquí principia un interminable problema.

Si la madre acertó, el hijo debe serle devuelto: pero si le devuelven al hijo, ella no acertó; pero si no acertó, el cocodrilo puede en buena ley devorarlo: pero si lo devora, ella acertó: pero si la madre acertó, el hijo debe serle devuelto: pero si le devuelven el hijo, ella no acertó: pero... y así infinitamente.

Antes de indagar el misterio, quiero copiar una más reciente versión que sin el menor cambio fundamental, mejora considerablemente la fábula. Es la que conocieron los amigos de Miguel de Cervantes.

El puente

Casi al principio del capítulo 51 de la segunda parte del Don Quijote, puede buscarse esta mejorada versión: "Un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso): digo pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: Si alguno pasara por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va, y si jurara verdad, déjenlo pasar, y si dijera mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra sin remisión alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: Si a este hombre lo dejamos pasar libremente, mintió en su juramento y conforme a la ley debe morir, y si lo ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese a vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos y suspensos?"

Mi lector habrá notado que la muerte — ya por cocodrilo, ya por verdugo — interviene en los dos problemas. Todos propendemos a suponer que en el empleo de esa operación absoluta reside la dificultad. Sin embargo, no hay tal: si la pena de la mentira fuera una multa y el viajero genial hubiera afirmado que su destino era abonar esa multa, nos encararía la misma dificultad, con infinitos pagos y con incontenibles reembolsos, según el movimiento, o vaivén, dialéctico. Hay que tirar por otro rumbo.

El doctor Wolff, en su libro *El certaman con la tortuga* (Berlín 1929) sostiene la nulidad del primer convenio, puesto que la mujer tiene que adivinar una cosa que sólo se resuelve a raíz de la misma contestación... Yo pensaría que la debilidad del segundo reside en el empleo despreocupado de las palabras *juramento* y *mentir*, que ya están insinuando una confusión entre ejecución y propósito. Esas palabras imprudentes parecen indicar que la veracidad del interrogado era lo importante, no sus dotes proféticas. Ello anularía el problema. El extraño viajero declara su propósito de morir; el tribunal comprueba que es sincero en la declaración de esa voluntad; el tribunal, de acuerdo con la ley del señor de aquel río, le impone seguir viaje.

Para evitar esa deplorable consumación, he urdido una tercera fábula: variante acaso inútil de la primera. Carece de dramaticidad, carece de muerte; pero no le veo fin.

El adivinador

En Sumatra, un hombre quiere doctorarse de brujo. El examinador le pide que adivine si será reprobado o si pasará. El hombre dice que será reprobado..

Ya se presiente la infinita continuación

POR

JORGE LUIS BORGES

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Rastros Perdurables de Religiosidad

POR

ANGEL VILLASOL

★

NO se concibe la cultura de nuestros días, ni la de cualquier otra época, sin el inventario adecuado de sus preocupaciones religiosas.

En este sentido, podemos estar tranquilos y hasta orgullosos. Probablemente en ningún otro tiempo se ha sometido a análisis más desapasionados y completos todo lo que concierne al pasado y a los elementos supervivientes de las religiones humanas. Vidas enteras se han dedicado al problema, determinando una vasta literatura en la que predominan las obras de minuciosa documentación y de inflexibilidad lógica con puntos de vista bien afirmados en la versación de los teólogos a la vez que en las últimas revelaciones de la historia y de las ciencias. Se trata de esfuerzos de erudición que parecieran confirmar ante el más incrédulo de nuestros contemporáneos la afirmación de Francisco Bacon, de que "un poquito de conocimiento aleja a los hombres de la religión, mientras kue mucho conocimiento los acerca a ella". Es necesario darse cuenta, sin embargo, de que aquella religión de la cual un conocimiento deficiente alejaba al hombre en tiempos de Bacon, no puede ser la religión, mientras que mucho co- hombre de nuestros tiempos el conocimiento contemporáneo. Por lo demás, nuestro interés en las religiones es, para nosotros, parte de la cultura más que de la personalidad. Aunque no es del todo un interés en cosas de anticuarios, nuestras preocupaciones en el orden religioso observan las distancias que otorgan a todo conocimiento de verdad una naturaleza impersonal, y se expone deliberadamente tanto al aplauso como al silbido, a su asimilación no menos que a su descartamiento.

★

En otros tiempos, la religión presentaba los caracteres coherentes de aquellas manifestaciones cuya valorización y sentido dependían de una congruencia que era ya ideativa o ya sentimental. Así era en extensos períodos de la historia la vida humana en su totalidad. Así eran las artes del hombre, sus industrias, su educación, su sentido político, no menos que su religión. En cada caso se presentaban las inclinaciones y preferencias del individuo integradas en un conjunto comprensivo y sistemático. Si las iglesias en la Edad Media, por ejemplo, llegaron a ser algo así como poemas, éstos revestían aspectos de catedrales, y los hombres en general, en sus vidas, mucho del ritmo y la línea que completan las construcciones artísticas.

Tal es el sentido que ha tenido el mundo de la cristiandad en sus expresiones históricas más auténticas. Lo propio ocurrió con la China de Confusio y Laotse, con el mundo islámico, con el hinduismo. Un sentido de honda piedad saturaba la atmósfera, transfigurando el mundo y las cosas y los seres que lo pueblan en un orden de esencias puramente morales, en el que cobraban valor y significado cada uno de los actos y los impulsos del hombre. Dignificaba el orden moral la perspectiva de un más allá en que se legitimaban ese valor y ese significado en una especie de continuidad moral de la existencia.

★

Ninguna de las religiones mencionadas ha conservado aquella universalidad de dominio sobre las sociedades humanas. El cuadro que de antiguo presentaban, se ofrece al observador en formas diversas de despedazamiento, aunque no sin conservar sus fragmentos las líneas de la unidad histórica a que anteriormente pertenecían. Son trozos que, a modo de los que forman los cuadros fraccionados de un rompecabezas, presentan las complicaciones de su natural amontonamiento, acentuando su desorden la aparición de fragmentos extraños o nuevas piezas que se han unido a la miscelánea histórica que confronta el historiador. De este despedazamiento no puede caber ninguna duda. Lo han consumado, con impulsos de agresión implacable, la fuerza del tiempo y la fuerza del escepticismo, dos enemigos de la religiosidad clásica mucho más temibles que todas las formas concebibles de la herejía. Han hecho un montón de ruinas en todo el edificio de la fe, erigido ya en Roma, en Benares, en Meca o ya en cualquier otro de los grandes centros de Oriente u Occidente. Todos los materiales de aquellas construcciones espectables, todos los factores que, como los del milagro, las revelaciones, la autoridad eclesiástica, contribuyeron a darles vigor y atractivo, yacen caídos en el desuso o el descrédito, como los materiales de un derrumbado castillo.



★

Para algunos espíritus piadosos, estas ruinas de las grandes religiones no han perdido todo su valor y utilidad, prestándose para ser rehabilitadas como material de nuevas construcciones espirituales. Es lo que se ha hecho con ellas en más de un intento admirable de readaptación. Cada religión y escuela filosófica ha aportado a estos esfuerzos elementos capaces de satisf[illegible] no pocas de las exigencias de la época, ante las cuales se ha estrellado la unidad tradicional de cada credo o sistema. En algunos casos, es de confesar que las reconstrucciones pecan en más de una trasgresión que han hecho objetables a las doctrinas originales. Nos referimos especialmente a aquellos ensayos de dar versiones modernas a los rituales, a las intervenciones sacerdotales, a la liturgia, los mitos y milagros de otras épocas. Pero ha habido de un tiempo a esta parte reinterpretaciones que denuncian una acertada penetración en las realidades más fundamentales de la fe, en el fondo poco menos que común que parece presentan las formas de la religiosidad de todos los tiempos y de todos los pueblos de la tierra. Donde mejores resultados parecen obtenerse hasta ahora ha sido en el campo de la teología y la investigación histórica de los protestantes modernistas. Entre éstos, parece continuar el cristianismo la carrera accidentada de sus transfiguraciones, iniciadas desde sus primeras expresiones históricas, para hacerse aceptable al paladar y al pensamiento de Occidente. Se trata de una renovación comparable en su posible influencia sobre las sociedades cristianas con los reajustes sufridos por la doctrina de Jesús en los primeros siglos de nuestra Era, para incorporarle, primero, toda la tradición del paganismo, y sistematizarlo, luego, a modo de sistema reflexivo o filosófico.

Nada tiene que ver el experimento, por otra parte, con ensayos puramente políticos, como el que se ha venido haciendo en la Alemania actual para separar al cristianismo de Judea en la forma en que en la Alemania del siglo XVI se lo separó de Roma. Libres de todo interés o finalidad que no sea puramente intelectual o religiosa, los intérpretes modernistas del cristianismo son guiados por un criterio de síntesis o de selección, que hace extensivo a otros terrenos de la religión y del saber el anhelo de una nueva reintegración espiritual.

No nos extraña ver por eso que, como fruto de esa actitud, los mismos Evangelios pierdan, para esa nueva apologética del cristianismo, sus caracteres apostólicos y adquieran, en lugar de éstos, distinciones que los identifiquen con faces esenciales de la reflexion humana. Ejemplo de ello — quizá el mejor que pueda darse — es que los libros d[illegible] Mateo, Marcos, Lucas y Jua[illegible] reciban, respectivamente, car[illegible]terizaciones que los hacen re[illegible] jos de factores capitales del [illegible] samiento como el místico, el [illegible] co, el estético y metafísico.

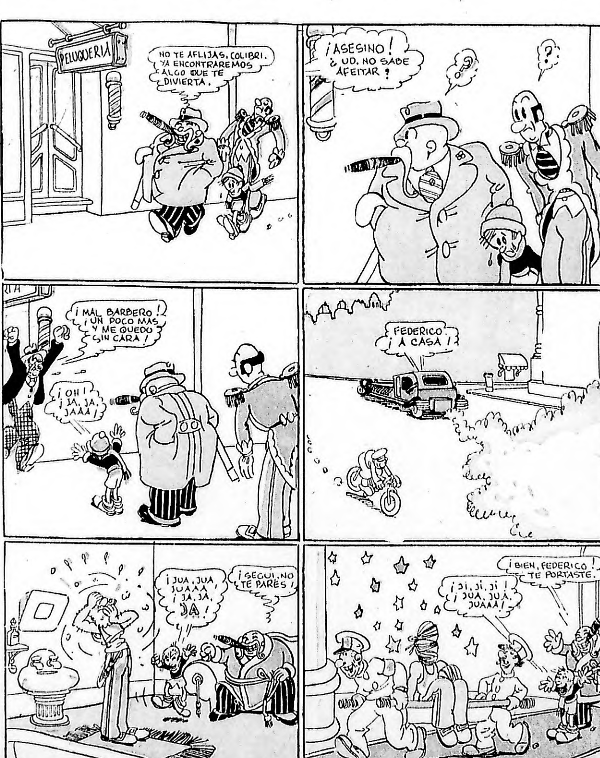
Aplicando el mismo crit[illegible] a las demás fuentes de que [illegible] van sus recursos, estos [illegible] arquitectos de la religión [illegible] sulta en extremo fácil a[illegible] ofensiva contra quien[illegible] hasta hace pocos años se cr[illegible] vencibles destructores [illegible] toda fe religiosa. Lo mismo [illegible] currir al factor étic[illegible] el misticismo de Buda, con[illegible] al factor místico del eticism[illegible] Isaías, o al espíritu filosófi[illegible] del esteticismo heleno. Es [illegible] que. contra los argumentos f[illegible] dados en las ciencias moderna[illegible] contra el Génesis de la Bib[illegible] pueden presentar un fren[illegible] en que aparecen Tagore y [illegible] andhi recitando los versos [illegible] Upanishades. Cuando el [illegible] alto va dirigido contra los [illegible] es modernos de la esclavitud [illegible] de otras aberraciones human[illegible] producidas por las formas e[illegible] nómicas en que se desenvuel[illegible] la sociedad, a pesar de los si[illegible] os de cristianismo que lleva, l[illegible] defensa se apresta a blandir las espadas flamígeras de los poetas judíos, puestas al servi[illegible] de la justicia social. Cuan[illegible] la sorna del enemigo cae sobre [illegible] lguna imagen de la iglesia [illegible] lica o protestante, se en[illegible] uentra de súbito con el cuadro de las creaciones artísticas de Grecia. Cuando se recurre a argumentos contra la inflexibilidad dogmática de algunos credos, hacen su aparición los imperativos categóricos de un Kant o los arquetipos de verdad eterna de un Platón. De aquí que hombres tan distanciados de la religión como Bergson, Russell o Haldane, no puedan pronunciar palabra relacionada con el espíritu humano, sin que se presten a ser invocados contra los enemigos de la religión.

Y de ahí también que, para recorrer los arenales de un escepticismo basado exclusivamente sobre concepciones materialistas de la vida y del mundo, basta con cuatro elementos de síntesis religiosa como los que intentan salvar de las ruinas de religiones desacreditadas, los espíritus más ilustrados en apologética modernista.

Entre estos últimos, se des- ta[illegible] los actuales momentos [illegible] mente los teólogos del [illegible] ntismo, sino también fi[illegible] sin intereses religiosos, [illegible] escubren en el fruto de [illegible] investigaciones una gran [illegible] nguinidad con el de los [illegible] cos sistemas religiosos. Pe[illegible] el hombre de nuestros días, [illegible] sufre el contagio de un [illegible] eísmo descarnado, y cuya vi[illegible] a, encauzada unilateralmente [illegible] or el camino de los negocios, de la política o de alguna ciencia particular, resbala sobre el orden de las ideas generales vinculadas a la religión, encuentra actualmente, en el orden religioso, que no es tan fácil cerrar los ojos a ciertas verdades sin incurrir en la mera torpeza o empecinamiento de no querer ver. Sus anteriores argumentos pierden fuerza y valor ante reconstrucciones de su fe perdida como las que nos han ocupado aquí. No es posible que admita por un sólo momento que su ateísmo puede estar en conflicto con la hermosura de la Venus de Milo, con la sabiduría del Prometeo, de Esquilo o con la justicia y la virtud de los libros de los profetas. Un poco de familiaridad con la historia y otro poco de buen gusto, le hablarán del papel decoroso que pueden desempeñar aún en nuestros propios días las invenciones mitológicas, como substitutos poéticos de verdades conocidas y desconocidas. Por lo demás, no dejará nunca de tener fuerza sugestionadora de atracción la mano cordial que nos brinda soluciones de problemas morales que exigen ser resueltos premiosamente en quienes se plantean.

De aquí que no nos puede extrañar que se produzcan en los momentos actuales toda suerte de profesiones de fe religiosa, ni que sea frecuente ver a muchos saltar al carruaje de alguna reconstrucción religiosa o concepción filosófica, para ser llevados a algún albergue espiritual, que, sin ser ninguna de las denominaciones religiosas de otros tiempos, resulta ser, a la postre, una iglesia o una fe más en la historia.

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



Museo de la Confusión

ABANDONANDO el tatetí, el 30 y 40, el Trento y Trieste y el 43 de 25, me dediqué días pasados al estudio de un interesante jueguito: la ruleta. Me pareció que se trataba de un simple entretenimiento de fácil comprensión y cuyas características más notables respondían a la unión de dos infantiles actividades: el trompo y la rayuela. Después de adquirir algunes volúmenes explicativos, entre ellos el de cierto profesor Warrior, mi opinión cambió fundamentalmente. Me enteré así que catalogados cerebros como los de Pascal Martín Gal, Rouletaville, etc., estaban íntimamente ligados a las andanzas de esa calesita de salón. Comprobé también que el cálculo de probabilidades dentro del que se debatían matemáticos de la calaña de Poincaré, Russell, Guimaraes, Borel, Vesiller, etc., constituía la base principal de todo sistema de juego y de la cual no debía apartarse ningún timbalero. Recordé entonces que en mis años de rabona y colegio nacional en contadas ocasiones contemplé la clase de matemáticas de cierto profesor que respondía al alias de el chino Ordóñez. Mis primeras nociones de probabilidad se despertaron en esas circunstancias con rápidos problemas al estilo siguiente: el señor A invita a su casa a dos personas B y C (más bien a dos letras) para cenar. Junto a la mesa existen tres sillas. ¿Cuál es la probabilidad para que B ocupe la que se halla frente a la cabecera? Previos algunos marconigramas plagios billetes alusivos batidores etc. toda la clase se resolvía por el inconmensurable resultado 1/3. Lo cual naturalmente era inexacto. Primero porque lo lógico es que el dueño de casa ocupe ese lugar, con lo cual las probabilidades de los invitados quedaban reducidas a la mínima expresión, y además porque dentro de nuestro cálculo habíamos evitado todas las otras variantes relativas a B, como ser: que se sentara en el suelo, que permaneciese durante tres horas debajo de la alfombra, que no asistiera a la comida, que ocupara las tres sillas, que se introdujera en el cajón del aparador en compañía de C en orden alfabético, etc. Con la pequeña base de ejemplos al estilo del nombrado, penetré en el libro del profesor Warrior.

Una de las primeras cosas que me llamó la atención fué cierto cotejo efectuado entre la ruleta, la lotería y la quiniela. Se llega a la siguiente conclusión: que la lotería por 5 pesos jugados nos exprime 1,50; la quiniela 1 y la ruleta 0,14. Con lo cual se demuestra que la ruleta es un juego mucho más noble y conveniente para el jugador. Ante esta demostración no vacilé un instante y me dirigí hacia una de las tantas ruletas esparcidas a orillas de los balnearios, cloacas, ciénagas y arenas movedizas. De la nobleza de la ruleta y de su conveniencia, puede ilustrar el siguiente cuadro de gastos efectuados por mí:

Pullman hasta la terma próxima .	$	60.—
Hotel Las Delicias, una noche .	„	50.—
Entrada al Casino	„	10.—
Para la caja del ex croupier . .	„	5.—
Obolo obligatorio a favor del jugador desconocido . . .	„	5.—
Confección de fichas falsas por valor de $ 500 .	„	16.70
Jugado (una ficha)	„	5.—
Abogado defensor .	„	500.—
Corte Suprema, jueces, etc. . .	„	3.50
Recaudado en el juego	„	0.—
Total . . .	$	655 20

Lo que demuestra que 5 pesos jugados a la ruleta se transforman inmediatamente en 650.20 de menos.

Entre los problemas más complicados que se le pueden presentar a un jugador los matemáticos citan el siguiente:

¿A qué color se debe jugar en una ruleta después de salir el negro veinte veces consecutivas? La opinión de algunos croupiers según Warrior es que se debe jugar indiferentemente a cualquiera de los dos, por cuanto las probabilidades de que salga uno u otro son idénticas para cada tiro. La opinión del autor del mamotreto es que se debe jugar al contrario en este caso al rojo, de acuerdo también a la ley de probabilidades complicada con la compensación. La opinión del que suscribe es que se debe jugar al mismo color de la serie, es decir, al negro. Supongamos el matrimonio AB. A es negra y B es blanco. A la primera jugada se produce un par negro; a la segunda un impar negro menor; a la tercera un non negro; a la cuarta y a la quinta, un non y un impar negro alternado, y así siguiendo hasta llenar la libreta de registro de ambos cónyuges. Es indudable que después de una cabaña de Tíos Tom, de una representación diplomática Centro-Americana completa de una ronga-catinga interminable y de una consagración tan ostensible a la última mota lo lógico es que se sigan sucediendo negromantes y no que declinen en raros ejemplares de albinos cobrizos, pangarés, orpingtons leonado hijos del Celeste Imperio o representantes de la Turquía Asiática y del Milanesado. En franca contrariedad con los croupiers y las matemáticas abandono la polémica y me dedico a otra cosa.

Con rara maestría paso de largo después de algunas insinuaciones a D'Alambert, evitando también los atractivos de la paroli[illegible] y de ciertos sistemas bautiza[illegible] los Prudente, Escorés, de Ostende[illegible] de un ex croupier al retardado, etc. y me detengo en el verdader[illegible] Sistema A del autor. Tiene la [illegible] parolis el matemático:

Este sistema [illegible] debe ser jugado por dos soc[illegible] ios, que para nuestra explicación [illegible] llamaremos (C) y (N), y puede [illegible] aplicarse a cualquiera de las [illegible] chances o varias simultáneamente. Nosotros sólo nos ocuparemos del color de los números.

(C) jugará todos los tiros $ 10 a colorado.

(N) jugará todos los tiros $ 10 a negro.

Este es el principio del sistema, que después sufre algunas variaciones de acuerdo a la forma en que se da el juego. Lo único que yo discuto es casualmente esta forma de comenzar. Me extraña mucho que el profesor Warrior tras de haber agotado el número pi, el algoritmo de Euclides, las lúnulas de Hipócrates, el tablero pitagórico y el binomio de Newton, en cuarenta y seis páginas de texto haya obtenido como resultado esta especie de flauta de Pamócles de su sistema.

Ya me imagino a los señores C y N haciendo la jugadita preconizada y cambiando sonrisas sospechosas ante el estupor de los circunstantes y los desmayos sincronizados del croupier. Indudablemente que si el cero aparece ad portas, cuatro camillas serán pocas para recoger a C y a N y a sus Mn de Cl, pero esto sólo ocurrirá apenas una vez cada 37 jugadas. Ante el temor de encontrarme con un sistema H KO2 del autor que nos aconseje colocar una ficha debajo de la alfombra, estornudar tres veces seguidas, fingir un vahído y apoderarnos del reloj pulsera de uno de los vecinos de tapete, me dirigí hasta la página final, donde encontré la siguiente nota:

En todo lo dicho hemos supuesto una ruleta ideal, situada en un plano horizontal, perfectamente equilibrada y girando sobre su eje vertical, sin trotamientos.

Y yo que había supuesto que una ruleta de plumas con aliento, una ruleta cualquiera vulgar y silvestre, aplanada en los polos, con una inclinación de 23 grados 30 minutos, impulsada a fuerza de masajes, girando alrededor de un eje tambaleante, una ruleta, en fin, de carne y hueso, serviría para todos los experimentos, me encuentro con esta decepcionante declaración. ¡No hay nada que hacerle, el que sabe, sabe!

POR

ANIMULA VAGULA

DIBUJOS DE RODRIGUEZ

Premio a la Virtud



La familia de don Lucas había llegado ese año a las sierras de Córdoba, prefiriéndolas a su habitual viaje a Europa porque un ministro extranjero de su amistad les había dicho que no se explicaba el porqué los argentinos, teniendo en su territorio tantas bellezas que admirar, preferían ir a buscarlas en el viejo mundo.

—Córdoba, a pocas horas de aquí, es tan pintoresca como Galicia o como Suiza. ¡Tan pintoresca y tan típica!

Fué así que, un poco mortificados porque los extraños conocieran la casa mejor que ellos mismos, habían decidido ese veraneo serrano.

Y no se arrepintieron. El panorama era realmente encantador.

—En verdad, es esto bello, Chichita, decía la madre a la menor de sus hijas, niña elegante, pálida y débil, a pesar de su aparente robustez.

—Sí, esto es hermoso, mamá. ¡Pero, qué pobreza! Aquí la gente es pobre, ¡es espantosamente pobre!... ¡Te juro que esto me hace daño!

—Tiene razón Chichita, se atrevió a opinar don Lucas, a quien no acababan de convencer las delicias de la serranía, prefiriendo secretamente a Suiza, que le proporcionaba la oportunidad de sus escapatorias a París, pequeño oasis en su vida en común, con su delicada y dulce compañera.

—¡Tienes razón, Chichita!... Y es bueno que procures no alejarte mucho de la quinta en tus paseos, para evitarte la contemplación de esos cuadros de miseria. Ya sabes que debes cuidar tu corazón.

Y dirigiéndose ahora a la señora: ¡Esa sensibilidad extraordinaria de esta niña no es normal!

★

A pesar de estos sabios consejos, una tarde, en uno de sus paseos, Chichita no pudo evitar unos ranchos pobres, tan pobres que algunos no tenían ni puertas.

¿Para qué?

Protegía una de esas viviendas casi primitivas, bajo su vencido techo a dos aguas — lo mismo que una gallina que abre sus alas para cobijar a sus polluelos — todo un enjambre de polluelos humanos; y dos corazones buenos y resignados.

Marcos Zapata había hecho allí su nido, con María Mercedes, hacía ya años, cuando eran muy jóvenes; desde entonces... el cielo les había colmado con la dicha de catorce hijos!...

En el momento en que pasaba Chichita, salían corriendo del rancho de Zapata cutro chiquilos, los menores: un varón y tres mujercitas. El niño las corría con un jarro lleno de agua, y ellas, riendo, trataban de evitar el chubasco.

Sorprendida por la escena insólita y alegre, Chichita se detuvo a contemplarla.

—¡Pobrecitos! — se dijo para sí, y reaccionando de pronto se adelantó y tomó por el brazo a una de las chicuelas.

—¿Cómo te llamas? — le preguntó.

—¿Yo?... Yo me llamo Ustaquia — y señalando a las otras: — y ésta Camencita... y ésta Clara... y éste... — y se quedó sin aliento, medio cohibida, al notar que se la miraba con interés.

De regreso a la quinta, contándole a la madre el encuentro, expresó, suplicante, casi, su deseo:

—¡Sí, mamá! Yo quisiera llevarme una de esas chinitas... la criaría para mí.

Al día siguiente don Lucas, acompañado por su esposa, visitaban a los Zapata; y tras de promesas, concesiones y dádivas, se decidió entregarles, para que la criara la niña Chichita, a la Eustaquia, por ser la mayorcita de los cuatro últimos hijos, y la más despierta.

Fué así cómo se llevaron a la chinita a la quinta, donde la bañaron, la peinaron, la vistieron, la calzaron... sobre todo la calzaron.

Cuando le preguntaban:

—De lo que te ha comprado la niña Chichita, ¿qué es lo que te ha gustado más? — ella respondía, invariablemente:

—¡Lo que menos me gustan son los zapatos!

Y así era. En el momento mismo en que se la dejaba sola, lo primero a que atinaba era a descalzarse.

Cuando, terminado el veraneo, regresaron a Buenos Aires, la hermosa mansión de los padres de Chichita, no llamó la atención de la Eustaquia.

—¿Te gusta esta casa? — le dijeron.

—¡Sí!... Es lindita... ¡Se parece al hospital!

El hospital era la única casa grande a la que había entrado, para curar una escarlatina.

Mientras apacible corría el tiempo al lado de su niña, la Eustaquia, dócil, obediente, sumisa y hacendosa, fué creciendo y haciéndose mujer.

La niña Chichita tuvo novio, se casó, entró a figurar luego, por derecho propio, en el gran mundo, y ocupó en él posiciones eminentes.

Su bondad y la delicadeza de su corazón sensible, conmovido siempre ante el infortunio o la desgracia del prójimo, le dieron el prematuro relieve de las matronas augustas llamadas a administrar la caridad oficial...

Como era lógico, se llevó consigo a su chinita, de la que no podía separarse.

—Cuando tenga un bebé, sólo yo y la Eustaquia lo cuidaremos, decía.

Y así fué. De todos los hijos que tuvo su señora, la verdadera madre fué la "China", como en la casa se la llamaba a la Eustaquia.

Ella los crió con biberón a todos, porque la niña Chichita no podía hacerlo... Ella veló cuando estuvieron enfermos... Los acompañó durante años, en las veladas largas del invierno, mientras la señora era requerida afuera por sus compromisos sociales... A su lado, bajo su amparo, se hicieron hombrecitos.

Lo íntimo, las necesidades, las ropas, los mimos de sus patrones, eso, solo a ella estaba reservado.

★

Pero, un día... por primera vez había de aflojar. ¡Llevaba casi cuarenta años al lado de la Niña!

Fué así que esa mañana la "China dura", como con rencorosa envidia la llamaba entre sí la servidumbre peninsular de la familia, no se levantó. ¡No pudo levantarse de la cama.

A las protestas de uno de los niños, porque las tostadas de su desayuno no estaban a su gusto, explicó el mucamo que era porque la Eustaquia no se había levantado. Se sentía enferma.

A la hora del almuerzo, el mayor de los hijos habló a la madre de la enfermedad de la china.

—No sabía nada, dijo Chichita. Después de almorzar bajaré a verla.

No bajó después del almuerzo. Lo hizo a las cinco, un momento antes de salir a tomar el té en el Plaza, con unas amigas que la habían invitado.

—¿Cómo te va? ¿Qué sientes? — le preguntó a la Eustaquia.

—Me siento muy mal, niña, fué todo lo que pudo responder la china.

—¿Tienes fiebre?... Yo no te toco porque estoy con los guantes puestos... Que la Josefa te ponga el termómetro y me diga luego qué temperatura tienes... y déjate de miedos... ¡ha de ser nada!... — y la elegante señora salió de la habitación, recomendando que tuvieran abiertas las ventanas.

En tanto, la temperatura de la china subía... subía... Pasaba ya unas décimas de los cuarenta...

Entrecortada y afanosa la respiración, abotargados los párpados, resecos los labios, rojas hasta ser moradas las facciones, Eustaquia permanecía inmóvil en su blanca camita.

A la manana siguiente, se informaba a la señora del estado de la china.

Se llamó a un médico. Este opinó que la enferma podía ser una tifoidea, añadiendo que, a su juicio, lo mejor era internarla.

—Sí, dijo la señora; en el acto pediré una ambulancia.

Momentos después, sin que la enferma se diese cuenta, ya que ni el traslado la sacó del sopor en que había caído, estaba instalada en la cama del hospital.

Al otro día, el portero enviado para averiguar cómo seguía la enferma, respondió:

—¡Muy grave! Le han encontrado complicaciones con el corazón; y ahora, dice la enfermera, delira mucho...

—¡Caramba! ¡Pobre!... — se limitó a decir Chichita.

★

Eustaquia ahora tenía los ojos abiertos, muy grandes, muy fijos, muy vidriosos.

Hablaba... reía... con la madre... con los hermanitos...

—¡Ay! ¡Ay!... ¡Miguelito!... ¡No me tires más agua!... ¡Qué fría!... ¡Mámá! ¡Miguelito me ha mojado! ¡Tengo frío!... ¡Mucho frío!...

Los dientes le castañeteaban...

Temprano, a la siguiente mañana, avisaba por teléfono un "lechuza" a la señora que su recomendada había expirado en el hospital; y pedía instrucciones para realizar el entierro.

—¿Dice que tienen dónde velarla?... ¡Bueno! ¡Sí! Ahora pasará por allá mi mayordomo a arreglar todo...

—¡Qué contrariedad!... — comentó con su marido.— Tan luego hoy, que tenemos los premios a la virtud y que no puedo faltar al Colón...

—¡No te preocupes, querida! ¡Te puede hacer daño!... ¡Ya no hay nada que hacerle!... He dado órdenes para que se le haga un entierro decente...

Y no hablaron más.

POR

Ofelia Maus.

Ilustró Carlos Gonzalez

★ La Casa de Suddhoo ★

POR

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DE BARRAGNOLI

La casa de Suddhoo cerca de la puerta Taksali, es de dos pisos; tiene cuatro ventanas talladas en vieja madera oscura y un techo chato. Podría reconocérsela por las cinco figuras rojas sobre el muro encalado, entre las ventanas superiores; están dispuestas como un cinco de diamantes.

Bhagwan, el almacenero, y un hombre que dice ganarse la vida cortando sellos viven en la planta baja, con una tropa de mujeres, sirvientes, amigos y séquito. Las dos piezas de arriba solían estar ocupadas por Janoo y Azizún, y un pequeño terrier marrón y negro que había sido robado de casa de un inglés, y que un soldado había regalado a Janoo. Hoy, sólo Janoo vive en las piezas altas. Suddhoo duerme por regla general en la azotea, salvo cuando duerme en la calle.

Solía ir a Peshawar durante los fríos; iba a visitar a su hijo que vende "curiosidades" cerca de la puerta de Eduardo, y luego dormía bajo un verdadero techo de barro.

Suddhoo es un gran amigo mío, porque su primo tenía un hijo que, gracias a mi recomendación, consiguió un puesto de jefe de mensajeros en una importante firma de la Estación. Suddhoo dice que Dios ha de hacerme lugarteniente-gobernador, uno de estos días. Yo me atrevo a desear que así sea. Es muy buen viejo, con el cabello blanco, y ningún diente sano a la vista, y ha sobrevivido a su espíritu y a casi todo; excepto a su cariño por el hijo en Peshawar.

Janoo y Azizún son kashmiris, damas de buena voluntad, y su profesión es antigua y más o menos honrosa; pero Azizún se ha casado luego con un estudiante de medicina del Noroeste y vive una vida tranquila (y de lo más respetable), cerca de Bareily.

Bhagwan Dass es un chantagista y un falsificador. Es muy rico. El hombre que parece ganarse la vida cortando sellos, pretende ser muy pobre. Esto les hace a ustedes conocer tanto como es necesario, a los cuatro inquilinos principales de la casa de Suddhoo. Luego, estoy yo, por supuesto; pero soy sólo el coro que llega al final a explicar las cosas. De modo que yo no cuento. Suddhoo no era inteligente. El supuesto cortador de sellos lo era más que ninguno—Bhagwan Dass sólo sabía mentir—excepto Janoo. Era también linda, pero eso, era cuestión de ella...

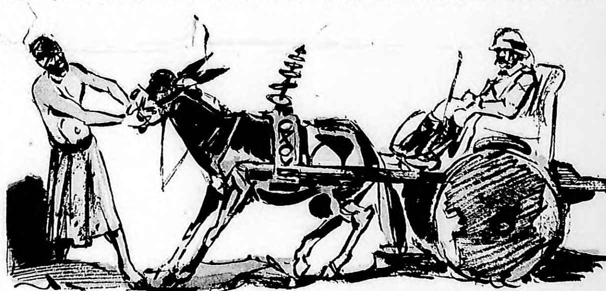
El hijo de Suddhoo, que vivía en Peshawar, fué atacado de pleuresía y Suddhoo estaba preocupado. El cortador de sellos se enteró de su ansiedad, y sacó provecho de ella. Se puso al día: se consiguió un amigo en Peshawar, para que le telegrafiara informándolo diariamente sobre la salud del hijo.

Y aquí empieza la historia. El primo de Suddhoo me dijo una tarde que Suddhoo quería verme; que se sentía muy viejo y muy débil para venir personalmente, y que sería un imperdurable honor para la casa de Suddhoo el que yo entrara en ella. Fuí; pero creo que siendo Suddhoo como entonces, un hombre acomodado, pudo enviarme algo mejor que una "ekka" que se sacudía horriblemente, como para volcar a un futuro lugarteniente-gobernador, en una tarde húmeda del mes de abril. La "ekka" no iba rápido. Era completamente noche cuando nos detuvimos frente a la puerta de la tumba de Ranjit Singh, junto a la misma puerta del fuerte. Aquí estaba Suddhoo; dijo que, a causa de mi condescendencia, era absolutamente seguro que sería lugarteniente-gobernador, mientras mis cabellos fueran aún negros.

Luego hablamos del tiempo y del estado de mi salud y de la cosecha, durante un cuarto de hora, en el Huzuri Bagh, bajo las estrellas.

Suddhoo llegó al fin al punto. Dijo que Janoo le había contado que había una orden del "Sirkar" contra la magia, pues se temía que la magia pudiera un día matar a la Emperatriz de la India. Yo desconocía por completo las condiciones de la ley; pero se me antojó que algo interesante iba a ocurrir. Dije que lejos de estar desaprobada por el gobierno, éste la recomendaba muchísimo. Los más altos empleados del estado la practicaban. Luego, para estimularlo más aún, dije que si había alguna magia en pie, no tendría el menor inconveniente en apoyarla, siempre que se tratara de magia limpia, de la blanca, para distinguirla de la sucia que es la que mata a la gente.

Transcurrió largo rato, antes de que Suddhoo admitiera que era precisamente para eso que me había rogado que viniera. Luego, entre "codeos" y temblores, me contó que el hombre que decía que cortaba sellos, era un brujo de la más fina especie; que cada día le daba noticias de su hijo enfermo en Peshawar, con mayor rapidez que lo que tardaría un rayo en estallar; y que tales noticias eran siempre corroboradas por las cartas. Luego, que le había prevenido contra un grave peligro que amenazaba a su hijo, el cual sería alejado por medio de la magia limpia (o Jadoo) y, por supuesto, bien pagada.



Comencé a ver claro y dije a Suddhoo que yo también entendía un poco de "Jadoo", e iría a su casa para observar si todo se realizaba con perfecto orden y decencia. Partimos juntos; y en el camino Suddhoo me confesó que ya había pagado al "cortador de sellos" de cien a doscientas rupias, y el Jadoo de aquella noche costaría doscientas más. Lo cual era barato, decía, considerando la importancia del peligro en que se hallaba su hijo. Pero no creo que lo pensara. Las luces estaban apagadas en el frente de la casa, cuando nosotros llegamos. Oí ruidos horribles que procedían de la ventana del "cortador de sellos", como si alguien "echara el alma por la boca" en suspiros. Suddhoo se estremeció todo y mientras tanteábamos el camino a la escalera, me dijo que el "Jadoo" había comenzado. Janoo y Azizun vinieron a nuestro encuentro, al llegar arriba, y nos dijeron que la sesión tendría lugar en sus habitaciones, porque había allí mayor espacio. Janoo es librepensadora. Susurró que el Jadoo era una invención para sacar dinero, y que el cortador de sellos iría a un lugar caliente, al morir. Suddhoo casi lloraba de viejo y de miedo. Sólo se atenía a ir y venir en la penumbra de la pieza, repitiendo incesantemente el nombre de su hijo y preguntando a Azizun, si el cortador de sellos no habría de hacer una rebaja por tratarse del dueño de casa. Janoo me empujó a la oscuridad, en la cavidad de las arcadas labradas de la ventana. Los postigos estaban puestos, y sólo una pequeña lámpara de aceite alumbraba el departamento. No tendría ocasión de ser visto si permanecía quieto.

Actualmente, los gemidos de abajo cesaron y oímos pasos en la escalera. Era el "cortador de sellos". Se detuvo frente a la puerta cuando el terrier ladró, y Azizun buscó a tientas la cadena; luego pidió a Suddhoo que soplara la lámpara. Esto dejó la pieza en una oscuridad completa, excepto el brillo rojo de dos narguilás que pertenecían a Janoo y Azizun. El cortador de sellos penetró en el cuarto y sentí que Suddhoo postrándose sobre el piso, gemía.

Azizun contuvo su respiración y Janoo retrocedió estremecida contra una de las camas. Hubo un tintineo de objeto metálico y luego, cerca del piso, surgió una pálida llama azul verdoso. Esa claridad bastaba para ver a Azizun apretada junto a un rincón de la pieza, con el terrier entre las faldas; a Janoo, que con los dedos entrelazados y el talle inclinado hacia adelante se sentaba sobre la cama; Suddhoo boca abajo, temblando, y el cortador de sellos.

Espero no poder nunca ver otro hombre como aquel cortador de sellos. Estaba desnudo hasta la cintura: tenía una corona de jazmines blancos tan gruesa como mi muñeca, y una faja color salmón alrededor del talle. Llevaba dos aros de estaño en los tobillos. Eso no imponía miedo. Era la cara del hombre la que helaba la sangre. En primer lugar, era gris azulada. Luego, sus ojos... tenían la pupila tan escondida, que casi no se veía más que la parte blanca de ellos, y en tercer lugar, era la cara de un demonio... de un vampiro... lo que usted prefiera, excepto el grasiento reluciente atorrante que de día estaba abajo, sentado de espaldas. Yacía de estómago con los brazos dados vuelta y cruzados sobre la espalda, como si hubiera sido arrojado al suelo, encadenado.

La cabeza y cuello eran las únicas partes de su cuerpo que se hallaban separadas del suelo. Eran casi un ángulo recto del cuerpo, como la cabeza de una cabra al saltar. Era algo espantoso.

En el centro de la pieza, sobre el piso de tierra, había un recipiente muy grande y profundo; una pálida llama azul verdoso flotaba en el centro, como un velador. El cuerpo del hombre hizo tres ondulaciones alrededor del recipiente. ¿En qué forma? Lo ignoro. Pude ver sus músculos al agitarse a lo largo de su espina dorsal; y luego calmarse de nuevo. Pero no pude ver otros movimientos.

Su cabeza parecía ser la única parte viviente de su cuerpo, excepto la lenta acción de los músculos de la espalda. Janoo desde la cama respiraba fuerte por centésima vez. Azizun se tapaba los ojos con las manos; y el viejo Suddhoo manoseando la basura que se había prendido de su barba blanca, lloraba en silencio. Lo peor era que esa forma "reptil" no profería el menor sonido, sólo se arrastraba! Y piénsese que eso duró diez minutos, mientras el terrier se quejaba, y Azizun se estremecía, y Janoo se asombraba, y Suddhoo lloraba.

Sentí los cabellos de punta y mi corazón latió fuertemente. Felizmente el cortador de sellos se traicionó con la más solemne de sus trampas; esto me tranquilizó. Cuando hubo terminado ese indecible "triple arrastre", irguió la cabeza del suelo elevándola todo lo posible y expiró chispas de fuego por la nariz. Entonces, yo sabía cómo se hace .. —podría hacerlo— y reaccioné.

No era más que una superchería. Si se hubiera limitado al "serpenteo" sin ponerle "efecto", Dios sabe lo que hubiera pensado. Las dos muchachas gritaron al ver el fuego; la cabeza se reclinó haciendo un ruido sordo al pegar con la barba en el piso y todo el cuerpo quedó entonces acostado, como un cadáver con los brazos cruzados. Hubo una pausa de cinco minutos luego de eso, y la llama azul-verde se extinguió.

Janoo se inclinó para asegurar el aro de su tobillo, y Azizun dió vuelta la cara contra la pared, y sonó el terrier entre sus brazos. Suddhoo estiró mecánicamente el brazo hacia la linterna de Janoo, y ella la empujó hacia adelante con el pie. Precisamente encima del cuerpo, colgados en la pared, se hallaba un par de magníficos retratos (con marco de papel timbrado) de la Reina y del Príncipe de Gales. Presidían la sesión y, para mi modo de ver, elevaban lo que en todo eso había de grotesco.

En el preciso instante en que el silencio se hacía imperdurable, el cuerpo dió vuelta y rodó al costado de la pieza permaneciendo acostado, de espaldas. Se oyó un débil "plop" en el recipiente — igual al causado por un pescado — y la luz verdosa del centro se iluminó. Miré el recipiente, y ví balanceándose en el agua: la cabeza seca, arrugada, morena de una criatura. Tenía los ojos y la boca desmesuradamente abiertos, y la cabeza rapada. Era peor, por lo inesperada, que la exhibición anterior. Antes que pudiéramos decir una palabra, comenzó a hablar. Lea el relato de la voz que surgía del hombre muerto magnetizado, de Poe, y se imaginará usted menos de la mitad de lo horrible que era la voz de aquella cabeza.

Había un intervalo de uno o dos segundos, entre cada palabra, y una especie de campanilleo en el tono de la voz, como el timbre de una campana. Resonaba lentamente, como si hablara consigo mismo; esto ocurrió durante varios instantes, sin que yo consiguiera librarme del pánico que se había apoderado de mí: un sudor frío me corría por todo el cuerpo. Luego la bendita solución me llamó la atención. Miré el cuerpo que yacía cerca de la entrada, y pude ver en el mismo lugar en que el hueco de la garganta se une a los hombros: un músculo que se contraía regularmente; nada tenía de común con la respiración normal de los hombres. Y la voz, la más hábil y asombrosa que se podría esperar de un ventrílocuo. Durante esos instantes la cabeza no cesó de hablar y lengüetear contra el borde del recipiente. Hablaba a Suddhoo (de nuevo boca abajo sobre el piso, y siempre gimiendo) de la enfermedad de su hijo y del estado de él hasta la tarde de ese mismo día. Siempre he de respetar al cortador de sellos por su exactitud respecto a la hora de los telegramas de Peshawar.

Prosiguió diciendo que médicos de talento velaban noche y día por la salud del enfermo; y que reaccionaría definitivamente si la recompensa del potente mago, cuyo servidor era la cabeza del recipiente, se doblaba. Aquí surgió el error desde un punto de vista artístico. ¡Pedir que aumentaran sus honorarios con una voz que Lázaro podría haber utilizado cuando resucitó! Janoo, que es realmente una mujer de intelecto masculino, se apercibió de ello. Lo comprendí al oír sus palabras: ¡Ashnahiu!. ¡Fareib!, que pronunció jadeante y con desprecio; y luego la luz del recipiente se extinguió, la cabeza se calló y oímos la puerta de la pieza chirriar sobre sus goznes. Luego Janoo encendió un fósforo, alumbró la lámpara y comprobamos que cabeza, recipiente y cortador de sellos, habían desaparecido. Suddhoo se torcía las manos y explicaba a todo el que quisiera oirlo, que si sus esperanzas de salvación eterna dependían de ello, no podría levantar la suma a doscientas rupias más.

Azizun, en un rincón, se hallaba casi en un ataque de nervios. Entretanto Janoo se sentó con toda calma en una cama, para discutir las probabilidades de todo el caso que no era otra cosa que un "bunao" o "maquillaje". Expliqué lo mejor que pude la forma de magia, del cortador de sellos; pero su argumento era mucho más simple... "La magia que exige regalos no es verdadera", decía. "Mi madre me dijo que los únicos potentes sortilegios de amor eran aquellos que inspiraba el amor". Este cortador de sellos es un mentiroso y un demonio. No me animo a decir ni hacer nada porque estoy en deuda con Bhagwan Dass por dos anillos y una ajorca". Lo que como, lo saco de su tienda. El cortador de sellos es amigo de Bhagwan Dass, y me envenenaría la comida. "Una magia boba como esta que ha durado diez días y le ha costado a Suddhoo muchas rupias por noche. "Antes empleaba gallinas negras y limones. Nunca hasta hoy, había realizado un espectáculo semejante. Azizun es estúpida y pronto estará loca. Suddhoo ha perdido la fuerza y la cabeza. ¡Vea! ¡Yo que pensaba obtener tantas rupias en vida de él, y cuántas más después de su muerte! ¡Vea usted! ¡Se está gastando cuanto tiene, en ese engendro de un demonio con una mula, el cortador de sellos!"

—Oiga, exclamé, ¿qué puede haber inducido a Suddhoo a traerme al asunto? Por cierto que yo puedo hablaro al cortador de sellos y le devolveré el dinero.

Todo no es más que una broma de niños, vergonzosa e insípida.

—Pero es que Suddhoo es un chico, dijo Janoo; ha vivido en las azoteas durante setenta años y es tan inocente como un cabrito mamón".

Lo hizo venir a usted para asegurarse que no cometía ninguna infracción contra la ley del Sirkar, porque hace muchos años vivió del pan que él le daba.

Adora el polvo de los pies del cortador de sellos, y ese devorador de vacas le ha prohibido ir a ver a su hijo.

¿Qué sabe Suddhoo de sus leyes, o del puesto del centinela...? Tengo que ver desaparecer su dinero, día a día, para ir a pasar a mano de esa bestia.

Janoo golpeaba los pies contra el suelo y casi lloraba de indignación, mientras tanto Suddhoo lagrimeaba, (cubierto por una colcha) en el rincón; y Azizun con mano torpe trataba de guiar la pipa a su pobre boca.

Y ahora el caso queda así: Sin pensarlo, me he colocado deliberadamente en la situación de cómplice del cortador, en el hecho de ganar dinero, bajo falsos derechos, lo cual está prohibido por la ley 420 del Código Penal de la India.

Me hallo indefenso, por esas razones. No puedo denunciarlo a la policía. ¿Qué testigo corroboraría mis palabras? Janoo se niega rotundamente y Azizun es una mujer velada cerca de Bareilly, perdida en la infinitud de la India.

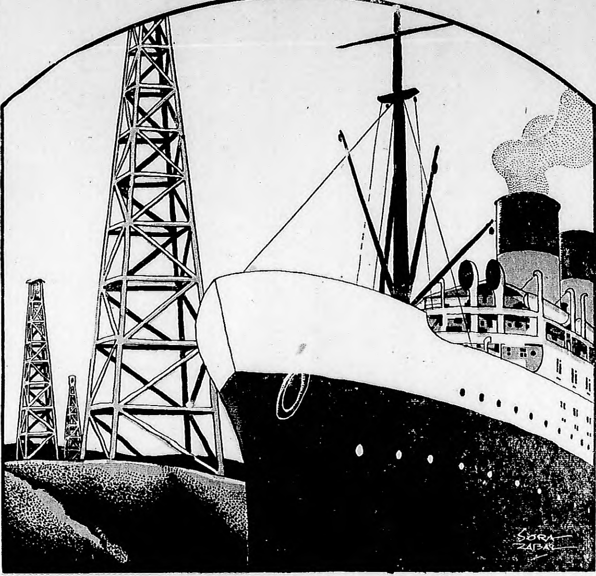
No me animo a tomar la ley entre mis manos y hablarle al hombre; pues seguro estoy de que no sólo Suddhoo me desmentiría, sino que esto acabaría con el suicidio de Janoo, quien se halla atada de pies y manos por su deuda con Bhagwan Dass. Suddhoo es un viejo charlatán y donde quiera que nos encontremos murmura mi broma boba de que el Sirkar proteje más que nada el Arte Negro. Su hijo está sano ya; pero Suddhoo se halla completamente bajo la dominación del cortador de sellos, por cuyos consejos regula las situaciones de su vida.

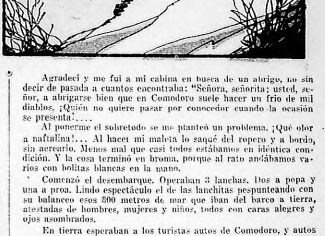
Janoo ve partir a diario, el dinero que tanto acariciara en su imaginación, y esto no cesa de enfurecerla y apenarla.

Nunca ha de decirlo, porque no se anima; pero a menos que algo ocurra y se lo impida, me temo que el cortador de sellos muera atacado de cólera (del de arsénico blanco) a mediados de mayo. Y, así estaré implicado en una muerte en casa de Suddhoo.

RUMBO A LOS CANALES FUEGUINOS







Tercera Etapa

LA noche en el mar, como en la tierra, todo lo cubre. No sólo es cortina de espacio que mata la visión del horizonte y de la ruta, sino pedazo de tiempo, durante el cual "morimos" en el sueño, ajenos a todo lo que acontecerá.

Tal fué para los excursionistas del Monte Pascoal, la noche del 9. Gozamos de un mar tranquilo y suaves brisas que apenas rumoreaban al pasar en rachas por los puentes, y al besar cabos y cuerdas de cubierta.

Pero... nuestro despertar tenía que ser distinto. Un mar siempre igual no es "el mar".

A las 7 de la mañana del 10, el clarín volcó por los pasillos su bronceado grito mañanero.

Desperté, y sentí que mi cuerpo tendía, ora hacia babor, ora hacia estribor. ¿Qué es esto? Me vestí, no sin cierta dificultad para mantener el equilibrio dentro del camarote, y miro por el ojo de buey.

Bueno; adios mansedumbre. Enojado estaba el amigo mar. Contra los flancos del barco, más allá, en el horizonte, el agua subía y bajaba en olas lentas, alargadas, que parecían cadenas de montañas en constante sucesión de formas.

¡Qué ojo de buey!; vamos a cubierta a ver qué pasa a mi barco en estas aguas irritadas.

Y he aquí que lo primero que veo son rostros cadavéricos, angustiados. Por todas partes pasajeros acodados a la borda, en actitudes poco plásticas. Mareados — pensé — y seguí mi paseo. Aquello era un hospital de convulsos al aire libre. No había lugar disponible, ni señor correcto, ni cara bonita, ni muchacha coqueta.

Así quería verlas. Recuerdo esto, que por cierto me causó hilaridad:

Una señorita con quien intimé la noche de la víspera, obedeciendo a una exigencia de su estado, me dejó a medio terminar un saludo.

—Me debe parte de "los buenos dias", señorita.

—Cállese, ¿no ve cómo estoy? — y me dió la espalda.

Allí pagaban todos su tributo. Hasta dos perritos que llevaba una señora francesa. A los pobres se les salían los ojos de las órbitas. Dos perritos chicos, no recuerdo de qué clase, y es una lástima, porque para una señora francesa, un perro es lo mismo que un Packard para un niño "bien". Cuanto más chico el perro, más Packard.

Auxiliando a unos y otros, hubo un momento en que me creí perdido. Así se lo dije a un oficial que contemplaba a los enfermos parado en su hábito del mar.

—Voluntad, voluntad — me respondió en un castellano gutural con sonido a tambor. — y obró mi voluntad. Pero, si el mar mandaba aquel presente, ¿porqué habría yo de permanecer impertérrito?

Me lo precipitó una señora, diciéndome:

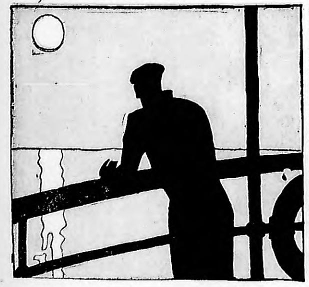
—Usted se está poniendo pálido.

¡Se le hubiera trabado la lengua!... Desde ese momento, adiós mi plata.

Hermanos en el dolor, nos mirábamos todos entre convulsión y convulsión.

Abrazada a la lona de un bote, ví a una compañera, bastante bonita, según apreciación general. ¿Bonita?... Mareada era tan fea como el mareo. Adiós pinturas, peinado y pulcritud en el vestir. Ya le había puesto unas flores a su vestidito blanco. blanco.

Y entre los mareados iban y venían esas preguntas con las que se busca aliento: ¿Se da cuenta usted? ¿Hasta cuándo tendremos esto? ¿No trajo nada para el mareo? Por favor, ¿no tienen un limón, o algo que cure?



Ni limón, ni sales, ni nada. El mareo es regalo del mar, y el que quiera eludirlo, que lo calme. Que lo calme otro, yo me voy a la cama.

En el camino me encontré con varios que habían tomado la misma resolución, pero el viaje directo era imposible. Ibamos haciendo estaciones, prendiéndonos de los picaportes, de las escaleras, y de lo que se pusiera al alcance de nuestras manos: solapa o falda. "¡Préndase, señora"; "préndase". ¡Ah, pero eso no!; dé vuelta la cara, por favor. ¡Mi traje!... ¡Pobre mi barco, tan limpio los días anteriores!...

Cuando sonó el clarín llamando al almuerzo, hice una intentona. En el camino encontré al animador, blanco como la espuma que deja una proa al cortar las aguas.

Otra vez a cubierta. El barco seguía su danza, pero mi voluntad venció. Resistí, o me habitué, tanto, que como todos los días ocupé mi sitio en el comedor. Estos estaban casi vacíos. Después, por un representante de la compañía supe que esa tarde se tiró a las aguas, algo más del 30 o|o de la comida.

A las 15 horas, todo había pasado. Sólo quedaba el recuerdo y pasajeros con hambre que se desquitaron en la hora del té. No obstante navegar a media tarde con el mar en calma, la gente no hizo su aparición en cubierta hasta la oración.

Había cierta timidez en los rostros; inexplicable, por que marearse es cosa involuntaria. Los habituados, o los conformados para no marearse, paseaban por los puentes su arrogancia, imputando flojedad. (Clarín).

Otra vez clarín: guerra contra los bifes de la noche.

POR

VENANCIO MONTIEL

Durante la cena, jugué a mis compañeros de mesa una broma que causó hilaridad:

—¡Muchachos, muchachos... una noticia bomba!

—Reviente la bomba.

—¡El almirante Martín se mareó!

—¡No!...

—¡Qué calibre para un chisme!...

Almirante, con cincuenta años de navegación y 30 de viajes al estrecho de Magallanes. ¡Quién hubiera podido sorprenderlo mareado en un viaje de excursión!...

Yo hubiera mandado un radiograma a todos los diarios de Buenos Aires.

Carnaval a bordo. Es inútil que insista invitando a disfrazarse, señor animador. Carnaval es fiesta de tierra firme.

—Señoras, señores. . — grita Ferrario con el megáfono, plantado en el centro del salón de fiestas. — Hoy es noche de mascaradas. Luzcan las niñas vistosos tra[illegible] de fantasía, disfraz, los hombres, y unas y otros, el antifaz que mata el rubor y pone pimienta en las bocas... Alegría, alegría, que Momo acaba de hacer su aparición en el barco.

Un vals brillante es de pronto cortado por un aplauso. ¡Muy bien!... ¡Muy bien! Reluce una manola. Alto peinetón; primorosa mantilla. Y ¡qué cosa somos los latinos! Todo lo hacemos, pero siempre después de uno que debe ser el primero.

Entonces brotan las mascaritas y alternan, danzando, marquesas con marineros; hawaianas con escoceses; nenas de escuela; chicos con brazos de boxeadores, aldeanas, cadetes, mucamos, pastoras... Ruede la vida, siga la danza. Una niña curiosa se chasquea bautizándose con el agua perfumada de un pomo que maneja el caballero fluminente, Dr. Soares D'Arruada. La niña juró venganza, y yo imaginé al Dr. Soares, hecho sopa, dando las gracias. Tal era de cumplido el caballero nombrado, a quien sentí una noche agradecer una gentileza en esta forma: "Vosé e una carroza de amabilidade"...

Ruede la vida, siga la danza, y planchen las mamás. Qué le vamos a hacer. En todos los bailes pasa lo mismo. De aquí salió, posiblemente, esta consideración repetida noche a noche: faltan hombres. No estamos de acuerdo, señoras. No faltan muchachos, sobran años. Cuando se tienen hijas grandecitas, anclen las madres.

Además, entre los hombres, viajan, por lo menos 150 alemanes, y con ellos sólo danzan los medio litros de cerveza hamburguesa. A quien quiera incorporarlos a las fiestas, le paso el dato: están en el bar.

Siga la vida, pare la danza. Es la una de la mañana.

La comisión de fiestas se extraña de este final tan precipitado. Todos opinan que la alegría ha durado muy poco. Todos menos el maitre, el organizador real de las fiestas de a bordo, un alemán con mucho de estatua. El opinó así:

—¿Qué terminó todo a la una?, mejor. Buen síntoma. Yo conozco a los argentinos. Si se vuelcan de entrada, al tercer día convierten al barco en una sala de velorio. Verán ustedes. Hoy a la una, mañana a la una y media; después vamos a tener que echarlos con mangueras del salón. Y así aconteció efectivamente. Finalizando el viaje, en las últimas noches, se bailó hasta las cinco de la mañana.

Nos fuimos al bar, y a la una y cuarto, a los pocos minutos de habernos reunido varios amigos a tomar cerveza o whisky...

—Señoras, señores. Ustedes perdonen. Hay que cerrar el bar...

—¿Cómo, mozo?

—Que hay que cerrar el bar...

—¡Cerrar el bar!... ¡Si recién es la una!...

—Por eso mismo...

—¡No es posible!

—Si, señores; es posible...

Yo, por las dudas, termino mi medio litro. Bueno. No, hombre. ¿Cómo? ¿Por qué nos van a echar?

—Por que es la una; hay que cerrar el bar...

—Esto es una barbaridad.

—Será una barbaridad, pero hay que cerrar el bar. Cinco... siete medios litros; son cuatro pesos con veinte centavos. Tengan la bondad de pagar, señores...

—Somos turistas.

—Yo encargado del bar. Cuatro pesos con veinte centavos.

—No es posible. Tenemos que hablar con el capitán.

—Hablen al capitán. Cuatro veinte . O[illegible]a centavos de vuelto, y gracias. Ustedes son turistas, pero yo tengo que cerrar el bar. Gracias. Personal trabaja mucho; hay que dormir.

—¿Porqué no toman más personal?

—El culpa no es mía, señor. Si es descontenme ustedes, se quejan compañía, señores. Yo tengo que cerrar el bar. Becke... Becke...

—¿Qué quiere, señor?

—Vaya cerrando las puertas. En seguida las puertas...

Que sí, que no. Que esto, que aquello y lo de más allá.

—Disculpen, señores. Hay que cerrar el bar... hay que cerrar el bar...

En nombre de la disciplina del barco, hablaba nada menos que Finke, asistente del maitre.

Nos hubiéramos resistido pero lo observamos: brazos como palas de hélice: cabeza rubia y grande, como una popa, y en los ojos 4 años de trinchera. Cualquiera te tose a ti, Finke...

Pero una vez afuera el Dr. Enrique A. Peña, grita: ¡Revolución! ¡Sí, señores; revolución! Destituiríamos al capitán Félix Blauert y en su reemplazo nombraríamos al almirante Martín. Toda la tripulación a los calabozos; nosotros haríamos de marineros.

—¡Qué doctor Peña! Porteño hasta para las bromas... Permítame doctor, jefe. ¿No le parece mejor que nos vayamos a dormir?...

—¿Le parece, amigo? ¿Sí?... Bueno, hasta mañana, entonces.

▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽ ▽

Cuarta Etapa

★

UN barco se puede hundir. una roca, un iceberg, un choque; cualquier cosa. Al respecto bien puede hablar el fondo del mar. Titanic, Lusitania, Principessa Mafalda... y el gemelo del que nos lleva...

Cualquiera sean las circunstancias que rodean a un naufragio, si los pasajeros están familiarizados con los salvavidas y conocen la ubicación de sus respectivos botes, las proporciones de un desastre pueden aminorarse.

Siendo así, la lectura de los anuncios donde se enteraba a los turistas que a las 17 horas del día 11 se haría práctica de salvamento, causó regocijo.

También lo anunciaron los micrófonos a la hora del almuerzo y del té.

Para muchos, tales anuncios significaron: Esta tarde hay que jugar a que naufragamos.

Para el capitán y los oficiales, se jugaría sí, a un naufragio, pero cumpliendo de paso preceptos de la navegación. Se jugaría con un "juego" del que no se estaba exento jugar en serio.

Estábamos prevenidos. Una pitada larga, seguida de varias cortas y cinco timbres, timbres que en todos los transatlánticos se encuentran repartidos en los distintos puentes, a regular distancia unos de otros.

Bien. A bordo la vida se había estabilizado: Quien escribía, quien leía, pintaba y todos las "aba": jugaba; miraba; divagaba...

Vibra de pronto la sirena; ronca, larga. Luego los timbres, cortos... estridentes...

Ronca, sirena, ronca... suena, tiembre, suena, pero así: jugando.

Desbarde general. Todo el mundo: músicos, mozos, oficiales, tripulantes, pasajeros...

Corridas a los camarotes. Allí están los salvavidas. Uno por cada cama, y en la puerta el número y ubicación del bote. Al mío correspondía el bote No. 9, a proa.

Un salvavidas es un chaleco común que en vez de entretela tiene planchas de corcho. Seguramente los hacen sastres-carpinteros. Tienen para prenderse, en vez de botones, tiras de tela fuerte.

Algunos se lo ponían en las cabinas, otros en los pasillos; los más subían a cubierta llevándolos en la mano. Esto es cuestión del tanto por ciento de jabón que tenga el pasajero. Los suicidas ocasionales, desde luego, o se quedan en sus cabinas, o salen con el chaleco de todos los días.

...Y a la cubierta de botes. La broma parece que resulta. No se sienten sino risas. Claro; la mayoría no sabe ponérselo. ¡Y qué atentos somos todos!... Yo le prendo a usted y usted me prende a mí.

Los oficiales observan y ayudan, en tanto se arrean los botes.

Mi bote es el nueve, pero hay también el 9 A. ¿Y?

—Yo soy del 9, oficial.

—Espere; primero deben embarcarse y bajar los del 9 A.

Sí, lindo para decirlo, esperar es la cosa. Pero hay que esperar, porque el que se apure por no morir ahogado, corre el riesgo de morir de un palo. En la práctica que reseño, nadie perdió la línea.

Que me perdonen las damas con quienes compartiría las galletas y el agua dulce, única provisión de los botes. Debo ocuparme de un compañero de embarcación; un alemán que tocaba el tambor y el pistón en la orquesta del barco.

Ancho, espeso, y ventrudo como un gasómetro. ¡Qué sé yo cuántos metros de cintura tendría! Parecido a él, sólo conozco un ombú que vi no sé en qué rincón de mi provincia. Al principio lo odié, porque me dije: Este me tumba el bote; pero andando los minutos, inconscientemente me le fui acercando. El bote se podía hundir pero el gordito, no.

Resumiendo: salimos aprobados en la práctica realizada. Todo teoría, porque tampoco nos embarcamos en los botes, ni descendimos al agua. Pero lo hecho nos sirvió para imaginar el desastre contra el cual nos preparaban.

Y como el espacio me obliga a concretar, apenas rozo otro acontecimiento del día. Por una gentileza del capitán, pasamos arrimándonos a las roquerías de la isla Rasa; dormidero de lobos y pájaros marinos. Isla perdida en la inmensidad del Atlántico.

Seis, diez manzanas de superficie. Inhabitada, calva. Un faro en su parte más alta.

El primer pedazo de tierra que vemos después de 3 días y medio de navegación.

Ardía en lobos, como suena. El capitán, con un toque de sirena, quiso brindarnos el espectáculo de verlos echándose al agua, pero el viento llevó la vibración en sentido opuesto.

Dejamos la isla, siempre con rumbo Sur. Se guardan los prismáticos; desde alguna parte vienen las sombras; el barco se borra en atardecer; se tiñen de gris las gaviotas que lo siguen; la espuma que deja subraya el verde de las aguas... y llega la noche. Copa de atmósfera, tiene por fondo el cenit, y por bordes el infinito donde se apoya.

Primer número oficial del programa de fiestas: Carreras de caballo en la pista del salón de baile. Un clásico y cinco carreras ordinarias. Corren caballitos de madera que mueven dos niñas tirando dados. Una da el número del caballo y la otra los puntos que adelanta. En la primera carrera ganó el pingo del comisario. Pertenecía a dos miembros de la comisión. Yo corrí a "Trenza" en la segunda, pero, medio maturrango, no figuró. Perdí la inscripción y cinco boletos. Noche de Palermo, estuvo de punta el espíritu porteño. A dormir que mañana temprano visitaremos yacimientos y Comodoro Rivadavia.

El 12, amanecimos fondeados en Caleta Córdoba, muelle de embarque de la Cía. Petrolera Astra. El primer turno desembarcaría a las 7 de la mañana, y mucho antes de esa hora, estaban repletos los pasillos. Los pasajeros bajan abrigados; se tiene noticia de que por esa zona el viento corre con velocidades superiores a 100 kilómetros. El que no lleva un prismático, lleva una máquina fotográfica. ¿Para que tanto utilaje? ¿Eramos acaso un regimiento de agrimensores o ingenieros que llevábamos la misión de medir tierras y levantar cartas? No. Tampoco era excentricidad turística. Idéntico reparo hice respecto a los equipos de abrigo. Vi a una señora enfundar en lana a dos criaturas y la interpelé: ¿Cree usted que hace tanto frío en tierra? Señor — me respondió — conozco Comodoro, por eso abrigo a mis hijos, y a usted le recomiendo: no baje sin su sobretodo.

Agradecí y me fui a mi cabina en busca de un abrigo, no sin decir de pasada a cuantos encontraba: "Señora, señorita; usted, señor, a abrigarse bien que en Comodoro suele hacer un frío de mil diablos. ¡Quién no quiere pasar por conocedor cuando la ocasión se presenta!....

Al ponerme el sobretodo se me planteó un problema. ¡Qué olor a naftalina!... Al hacer mi maleta lo saqué del ropero y a bordo, sin acercarlo. Menos mal que casi todos estábamos en idéntica condición. Y la cosa terminó en broma, porque al rato andábamos varios con bolitas blancas en la mano.

Comenzó el desembarque. Operaban 3 lanchas. Dos a popa y una a proa. Lindo espectáculo el de las lanchitas pespunteando con su balanceo esos 800 metros de mar que iban del barco a tierra, atestadas de hombres, mujeres y niños, todos con caras alegres y ojos asombrados.

En tierra esperaban a los turistas autos de Comodoro, y autos y camiones de Yacimientos. Los primeros, por sólo cinco pesos, nos pasearían por toda la región del oro negro.

Una de las lanchas, de regreso al barco, trajo una noticia desalentadora: Los chauffeurs, alegando que la tarifa fijada por la municipalidad de Comodoro era demasiado baja, se habían declarado en huelga y pedían 10 pesos. Esto no obstante el Monte Pascoal siguió vomitando turistas hasta dejar en tierra a los 400 del primer turno. Ganamos la huelga. Transaron ante la perspectiva de perder todo. ¡También!... defendimos la tarifa de cinco pesos con avaricia de patrones...

Y empezamos a rodar... Tierra árida... médanos... estribaciones terrosas; sin cabello verde, aridez que soportamos porque esas tierras llevan la riqueza adentro. Muy hondo: a 500, 1000, 2.000 metros. Entrañas de sangre negra, movedora de máquinas, generadora de fuerzas; sangre ganadora de guerras.

Ya estábamos en la zona fiscal. Conduce nuestro auto un vecino de Comodoro, y nos hace de cicerone el fotógrafo corresponsal de una revista. Son tan amables que todo lo indican: este es un pozo en funcionamiento; este es uno agotado. Esta es la planta de gas; aquélla la usina: aquel grupo compacto la administración. Vimos un pozo en perforación: el famoso 128, uno de los más ricos en petróleo y gas. Se incendió 2 veces, y en la segunda la Dirección ofreció 10.000 pesos a quien ideara un procedimiento para apagarlo. Fué inútil; ardió durante varios días.

Visitamos también, las viviendas de los obreros, hospital, correo...

Yacimientos Petrolíferos Fiscales es una enorme extensión de tierra cubierta por un compacto monte de torres de acero. Torres avaras de riqueza, que absorben día y noche, accionadas por riendas de alambre que mueven el brazo succionador.

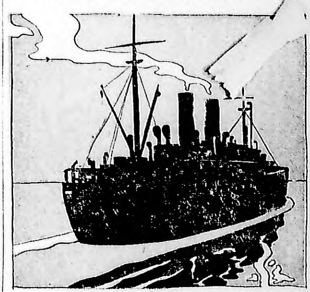
Petróleo. — Eureka, deben haber gritado Fuchs y Beghin cuando lo vieron subir por el brazo de la perforadora que buscaba agua —. Agua; palabra escasa en Comodoro Rivadavia. En Buenos Aires exclamamos: ¡Petróleo!... y allá, en la zona del petróleo, exclaman: ¡Agua!... "Oro incoloro" para los pobladores de la region del "oro negro".

Yacimientos redime al gobierno de la imputación de mal administrador. No es para menos. Un pozo cuesta, 300 a 500.000 pesos, según la profundidad. Una extensa zona está ya agotada, pero no importa; quedan miles de hectáreas para explotar y la explotación continúa.

Cruzando colinas, bajíos, llegamos al pueblo de Comodoro Rivadavia. Una calle principal, recta. El pueblo no podrá ampliarse. Lo oprimen cerros que no lo dejan extenderse. Bancos ,casas fuertes que comercian con lana, cueros... Más o menos 8.000 habitantes, la mitad extranjeros; creo que cinco médicos, y un solo palco en la calle, donde se efectuó el corso oficial. Solito, con su cretona barata en jirones. Cajón con risas de pueblo ingenuo, por la noche vería mascaritas.

Un cementerio de dos manzanas. Ojalá no crezca. La mayoría víctimas del petróleo. Por robar a la tierra a la tierra fueron.

Y mil cosas más, pero los minutos corren, estimados lec-



tores. Vamos al barco. Vamos; el viento da hambre. Allí venden pan; allí queso. Comamos grueso. Vuela el auto. Se ve el barco; allí están las lanchas; embarquemos. Un momento: hay que llevar un recuerdo. Una concha, una piedra.. Adiós Comodoro; Adiós Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Por la tarde, el segundo turno de turistas hizo lo mismo que nosotros.

A las 17, arriba el ancla; pero primero deben descender unos 20 o 30 alemanes de Comodoro que fueron a beber cerveza .No quieren bajar; están en Alemania, cantando canciones. Hay que empujarlos. 30 bocas, un canto. Y no sabíamos si reir o llorar. Se alejaron con tristeza, se las vi en los ojos. Dejaron el barco y la canción murió. El monte Pascoal fué para ellos, por una horas, la Prusia; la Silesia; la Wesphalia de la niñez.

Andando el barco, bien se podía reflexionar:

¡Petróleo!... ¡Cómo se lo pedía Clemenceau a Wilson! Sí, manden soldados, pero venga el petróleo. No hay barcos para transportarlo. Hay que construirlos.

¡Petróleo!... hay que buscarlo. Salta, Jujuy, Neuquén.

Donde exista. Inglaterra lo encuentra en el Irack; en Mosul. Francia en Marruecos. Japón en Manchuria. Venga, venga petróleo, que el que lo tenga ganará la próxima guerra.

¿Qué está bajo el dominio de otra bandera? No importa; hay que conquistar. Venga petróleo. Que mueran rifeños, y chinos e hindúes. Venga petróleo: allí van armas para que hagan disturbios, así intervenimos nosotras, las grandes potencias. Venga el petróleo; muera el nativo.

Ilustración de

JUAN SORAZABAL

Teoría del Olor

(La Psicología por el Perfume)

EN la "Revista Internacional del Cinema Educativo", que edita la Sociedad de las Naciones, en el número correspondiente al mes de febrero (año 1933), dice el crítico cinematográfico Mr. Robert Herring —del "Manchester Guardian" y del "London Mercury"— que los hombres ponen un gran cuidado en la elección de un libro o de una pipa; las mujeres pierden muchísimo tiempo en el peluquero, en la modista y en la sombrerera; cuando se trata de ir al cinema, hombres y mujeres entran en el primero que encuentran en su camino y, como el espectáculo no es de su gusto, salen descontentos del cinematógrafo. Es verdaderamente paradójico; parecería natural que cuando uno se quiere divertir se eligiese algo que responda a tal objeto, pero nunca nos tomamos el trabajo de elegir. Y cuando oímos hablar mal del cinema, de diez veces nueve es la opinión de estos espectadores ocasionales. Es verdaderamente lamentable que exista lo malo en el cinema. Pero razonemos un poco. No debería haber malas películas, como tampoco debería haber malos libros. Sin embargo, los malos libros se publican, se venden y se leen sin que a nadie se le ocurra condenar en bloque toda la literatura moderna. Si se quiere estudiar esta literatura no se entra en una librería y se pide: Deme usted un libro. Esto es, sin embargo, lo que hacen la mayor parte de las personas a las que oímos ataques contra el cinema.

Si esto es lo que a míster Herring le sugiere el cinematógrafo, apliquémoslo a la perfumería. Nadie, salvo contadísimas excepciones, elige sus perfumes. La generalidad entran a un establecimiento y adquieren el frasco más bonito, mejor presentado, o, lo que es más grave, piden consejo al comerciante, el cual, como es muy natural, exalta las condiciones "formidables" de cualquier perfume (de difícil salida por su calidad deplorable), ya que los buenos perfumes siempre son más gratos de retener en espera del comprador inteligente.

Las mujeres no se preocupan por sus perfumes. Los hombres las secundan.

Indudablemente, esto se debe a la mala educación, o a la nula educación olfativa. Nadie sabe lo que huele, ni a qué huele. Naturalmente, cómo van a preocuparse de la clase de perfume que compran, ni si éste conviene o no a sus personalidades? Determinados colores no convienen a las mujeres morenas, o rubias. Sobre este aspecto se escriben tratados enormes: en figurines y en revistas, en diarios y en toda clase de libros similares al ramo de confección elegante. La mujer, por pequeña que sea su coquetería y su cultura, procura huir de aquellos tonos que no la favorecen, o que la favorezcan poco. No obstante, el color es una cosa que no reacciona con la persona que lo lleva. Reacciona con la luz, sí, pero no con la acidez mayor o menor de los seres; nada le importa que la persona tenga exudaciones alcalinas, ácidas o neutras. Un perfume se altera también con la luz; un perfume va muerto en la carne de quien lo lleva, o, por el contrario, adquiere redoblado vigor, o se independiza como si existiera libre en el aire, sin necesidad de que nadie lo lleve encima.

La mujer morena, de belleza violenta, con un perfume violento, resulta insoportable. Así como la rubia lánguida, con un perfume delicado, se desvanecerá antes de que nos demos cuenta de su presencia. Con toda claridad resulta que es indispensable mirarse al espejo antes de comprar su perfume.

Por el perfume se incurre en delitos imperdonables. Hay quien combina olores que son una explosión de mal acierto; aquellas personas que saben perfumarse evaden su olor con naturalidad gratísima. (Nadie ignora que cada uno tiene en la vida su "olor", no el que proporciona la industria, sino el compuesto por múltiples y minúsculos factores vitales, entre los que tiene gran categoría la higiene personal. En las razas se observa una distinción formidable; por ejemplo, la raza negra, e incluso la musulmana blanca).

Un perfume que no se "desprenda" natural, como prolongación de la persona, es el más discreto para el hombre que quiera perfumarse discretamente, con buen gusto.

Esto no se logrará yendo alegremente a los comercios y pidiendo un frasco de esencia cualquiera. La psicología interviene de manera poderosa en la elección olfativa. Un espíritu inculto no percibe los olores delicados, sino que prefiere los fuertes, los notables; ésos que cuando apunta la persona que los lleva, por una esquina, ya están gritando hasta el final de la calle que ellos van entre unas telas y una piel ignorante. Sin embargo, las mismas personas que se deciden por los colores atenuados, frágiles — y la idea de fragilidad aplicada a un color merece tenerse en cuenta— son las que compran perfumes tenues, finísimos: que no producen perturbaciones físicas — dolor de cabeza, excitación nerviosa — ni espirituales — tendencia a la melancolía, pesimismo — porque un aroma suave es una paz dorada para el ánimo.

Hemos dicho la psicología del perfume y quizá debamos aclarar este concepto. Psicología es tratado del espíritu y un olor es algo que percibe el sentido del olfato, el cual es, yo así lo creo, el más espiritual de los sentidos en cuanto a su alta significación. La descarga nerviosa que entera al cerebro—continente mejor admitido del espíritu — de la presencia de un perfume, se promueve con una cosa tan ingrávida como es el aire; el aire, que lleva desmenuzadas partículas invisibles de olor. Los sentidos — yo lo he dicho en pedagogía y en literatura — "son las ventanas por donde entra y sale la vida"... Entrar, ¿adónde? Al espíritu. Salir, ¿adónde? Del espíritu. Pues si son los sentidos las ventanas, los caminitos de la vida total, el hecho de que el alma se entere de un olor, lo acepte con júbilo o lo rechace airadamente, será un acto espiritual. La aprensión animal alcanzó categoría superiorísima. He aquí mi llamada Psicología del Perfume.

★

Escoger un aroma como adorno es también cosa distinta a escogerlo como compañero ineludible. Adorno era en María Magdalena ungiendo los pies de Jesús en momento determinado. Compañero será en las salas orientales donde se le quema en tazas especiales, derrochándolo por el placer de gozarlo.

El adorno es el acento, la acentuación pasajera: el compañero es el verdadero acento; el persistente, el personal. Elegir un adorno es pensar en agradar a los demás, en producirles efecto simpático. Lo auténtico, por lo tanto, estará descartado del adorno. Sin embargo, aquello que utilizamos sin pensar en los otros, sino en el placer que nos proporcionamos directamente, es lo que revela el verdadero carácter y el gusto auténtico.

Perfumes de lujo — de adorno — y perfumes íntimos. Así considero yo dividida la Perfumería Nacional. En cuanto a la industria, ¿no podría sujetarse a un comité de censura olfativa? En mi admiración por el perfume puro, yo concibo el doctor que recetara un aroma para cada sensibilidad y para cada fisiología.

¿Y el crítico de los Perfumes? ¡Yo no conozco ninguno! ¿Existe la crítica de la Perfumería? Así como hay crítica literaria, teatral, escultórica, pictórica, etcétera, etc., ¿por qué no hay crítica de los perfumes? ¡Claro que para eso habría que remitir un frasco de perfume al crítico que se ocupara de ellos! Pero también remitimos un libro al de literatura; tienen pase gratuito a teatros, cinematógrafos, exposiciones los correspondientes a esas artes.

¿Cómo tendría que ser el crítico de perfumes? Si a un técnico se le ocurre pensar que el crítico debe ser un técnico, yo le afirmaré que se engaña totalmente. Técnico, sí, en cuanto a la estructura del perfume, en cuanto a la manera científica como va presentado y en su influencia sobre los sentidos. Pero en lo que se refiere a la belleza, a la armonía, no se puede esperar ni exigir que el técnico dé una solución exacta, literaria, para uso universal del conocimiento de los consumidores. ¿Es técnico, acaso, todo el público que huele, que compra? Al público no técnico una interpretación completamente científica de tal o cual aroma nada le dice. Una combinación, una mezcla, podrán ser perfectamente químicas. O pasar inadvertida su belleza entre las palabras cultas, oscuras de los técnicos encargados del examen.

El crítico verá lo que el técnico no encuentre: el rostro, la fisonomía del perfume, como puede verlo un hombre que ignora en qué condiciones se presenta un aldehido, pero que sabe muy bien el efecto que produce un "origán" y una "rosa".

Refiriéndonos al aspecto comercial veremos que si bien es cierta la publicidad, aglutinante sin lógica de una especie olorosa, en cambio no existen revistas dedicadas a exaltar literariamente la calidad. Toda publicidad adolece de un acento comercial endurecido, no obstante ser el comercio el que procura incorporarse todas las manifestaciones del arte moderno para sus grandes reclamos.

En los periódicos femeninos se lee: "el color tal es muy indicado para un traje de noche, de mujer rubia. Aquel sombrero cae mejor a las morenas que tienen la frente ancha"... ¡Ni una indicación para el perfume! ¡Ninguna nota que aconseje que un aroma determinado ha de llevarlo mejor una muchacha tímida, de belleza indefinida, que una cuya personalidad se está desbordando de todos sus poros!

Y semejante omisión parece increíble en el comercio, que organiza concursos con grandes premios para dentaduras lindas, ojos bien hechos o manos afiladas.

Culto, al Perfume, dueño de la voluntad. No más comprar locamente los frascos que nos ofrecen escaparates y anuncios. Será obligación de las casas bien organizadas sostener una propaganda decorosa, no cimentada por el engaño, el ruido y la equivocada actitud fuera de la época. El que compre, ¡aprenda a conocer su favorable o desfavorable predisposición al perfume que desee! Cuando se lance una cosa nueva al mercado, en honor y mayor provecho de quien la produzca, llévese a cabo una especie de cursillo divulgatorio de las propiedades que posee, de las personas a quienes conviene y cultívese la crítica digna, porque un perfume es tan hermoso acierto como es un poema, un cuadro, una escultura, un barco, un avión o una rosa. Necesita sus cantores y orientadores, ya que sus caminos están inscriptos en el aire y por él llegan al espíritu, deleitándolo o entristeciéndolo.

Otra de las atenciones de que carece la perfumería es la de una historia. ¿Hay ya una amplia historia de los perfumes? Ellos aparecieron, seguramente, de manera intelectual, cuando las necesidades rudimentarias del hombre primitivo estaban satisfechas. No se concibe en una sociedad carente de todas sus apetencias normales. Se admite que hiciese su aparición lógica — ¡quizá contraria a la realidad! — en el día en que hubiera un excedente de primeras materias indispensables para la existencia. Ese día de plenitud, de despreocupación, como ocupación surgiría el lujo. El perfume en las sociedades primitivas debió ser un lujo, algo que los seres poseían gastando tiempo — primero — y luego dinero — especie o en monedas más tarde — del que no tenían ya necesidad para subsistir. En cuanto a su aparición desde el punto de vista de la historia, habrá de parecerse al nacimiento de la escritura: el hombre necesitaba fijar su breve palabra, transmitírsela a los ausentes, legársela a los que vinieren después. El hombre aspiró las flores, vió que morían apagando su perfume armonioso; necesitó conservarlo, y transmitirlo, y gozarlo siempre que lo deseara. Así fueron llegando todos los perfeccionamientos que completaron la realidad efímera del olor y de la voz.

Flores..., palabras; olores..., sonidos... ¡Por el mismo camino del aire se llega al corazón espiritual! Y si el aprovechamiento de la perpetuidad del sonido encontró inspirados cultivadores que bajo el nombre de poetas siguen y seguirán la maravillosa tradición, ¿cómo es que el olor solamente se conserva en el plano industrial o científico? Porque aunque hay un despiadado comercio con los primeros (esa eterna e infinita serie de editores que malpagan a los escritores, lucrándose con sus obras) es menor en rendimiento y potencia económica al comercio fantástico de la industria del olor.

Yo clamo fervorosamente por que el perfume no sea sólo del químico; porque llegue y trascienda en toda su inmensa arquitectura hasta el más modesto ser humano. Para lograrlo, ¡pónganse en activo todos los recursos de que disponemos para otras artes! No se olvide jamás que hacer un perfume es cosa tan grave en el universo como construir una música. Música de olores para los que sepan oírla y gozarla. El ingeniero químico es un hacedor de poemas. Diérasele la substancia de las rosas y él la vestiría del olor conveniente.

Resumen:

Es imprescindible razonar la propaganda. Cultivar la crítica. Propagar la enseñanza oportuna para que todo comprador de un perfume sepa si cuando éste se le combine con su vaho personal, dará mejor o peor resultado, o si permanecerá intacto.

¡Resulta tan tristemente desconsolador observar que una mujer linda lleva un olor desagradable! (o que no lleva ninguno).

Oportunidad en el decir, en el ver, en el esculpir, en el perfumarse. Todo esto acusa un refinamiento tan agradable, que bien merece la atención de profesionales y aficionados.

Para una rubia desvaída, un enérgico y magnífico olor que la denuncie desde antes de ser vista. Para una rubia bien definida, un olor firme que llegue con ella y desaparezca con ella. Para una morena, por contraste, un olor rubio, delgado, penetrante y calmador. Para una nerviosa, un olor pacífico. Para una deprimida, un olor tonificante...

A los ojos azules claros les irá muy bien un delicioso perfume sombrío. Y a los ojos negros, un delicioso perfume transparente...

Las voces poderosas deberán unirse a cristalinos, resbaladizos olores de calma. Las voces delgadas, que cuesta trabajo oír, tendrán que ir apoyadas en un perfume con eco...

¿Todo por contraste? No. ¿Se obtiene solamente la belleza por obra del contraste? Tampoco. Porque en los días resplandecientes, en los seres luminosos, en las anchurosas mañanas del cielo y del espíritu, ningún olor debería turbar ni atenuar la luz. Todo tendrá que ser deslumbrador, embriagador, eterno, ancho, de orilla a orilla de nuestra sensibilidad, como son las manos de la creación.

POR

Carmen Conde

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlim











































